

BOLSIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

TRAFICO
DE ARMAS

*Clifford
Hilton*





SERVICIO SECRETO



CLIFFORD HILTON

TRÁFICO DE ARMAS

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.625

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUCUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.601 - Harter, investigador privado.

En Colección **CALIFORNIA**:

1.301 - El justiciero de Hunahpu.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL**:

482 - Con la soga al cuello

En Colección **PUNTO ROJO**:

996 - Cadáveres a mis pies

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 23.802-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: septiembre, 1981

© Clifford Hilton -1981

texto

© S. Fabá - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N- 152, Km 21.650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

El camión se detuvo frente a unos enormes barracones de almacenaje que estaban próximos a los muelles. Las puertas se abrieron y el camión entró en el barracón.

El conductor saltó de la cabina del vehículo y se dirigió a los cuatro estibadores que le aguardaban.

—¿Chiasaro? —preguntó el camionero.

—Está en las oficinas. Te esperaba.

El camionero se encaminó hacia las oficinas que estaban al fondo del barracón.

Sentado detrás de un escritorio metálico e impersonal. Enrico Chiasaro vio entrar al camionero y la tensión de su rostro se relajó.

Era un hombre de unos cuarenta años, gordo y de tez muy blanca. Su cabellera era rubia y abundante. Tenía los ojos azules y una mirada ladina. Sus labios eran carnosos y abultados, dándole a su rostro una expresión desagradable.

—¿Señor Chiasaro? —preguntó el camionero.

—Sí, soy yo. Siéntese.

El camionero obedeció.

—¿Trajo la mercancía?

—Sí. Ya la están descargando.

Chiasaro sonrió con satisfacción.

Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un sobre.

—Aquí tiene —dijo, extendiendo el sobre hacia el camionero.

El camionero rasgó el sobre y sacó un fajo de billetes.

Los contó con cuidado y los guardó en el bolsillo superior de su camisa.

Luego extrajo un albarán y lo puso sobre la mesa.

—Doscientos cajones conteniendo latas de conserva —dijo el camionero con cierto tono burlón.

Chiasaro firmó el albarán y se lo entregó.

—Ya puede retirarse. Dígale a «Don» que ya me comunicaré con él.

El camionero asintió y salió de la oficina.

Saludó a los hombres que acababan de descargar el camión y saltó al interior de la cabina.

Dos estibadores corrieron a abrir las puertas y el camionero puso el motor en marcha, alejándose por las tortuosas calles de la zona portuaria.

Una vez que las luces traseras del camión dejaron de verse, los estibadores volvieron a cerrar las puertas.

No pudieron ver a un hombre que les espiaba detrás de unos bidones, a unos veinte metros del lugar.

Era alto, delgado, de rostro enjuto y pelo canoso pese a que no tendría más de cuarenta y cinco años.

Vestía una gabardina marrón y un sombrero de ala.

El hombre aguardó a que las puertas se cerrasen y avanzó cautelosamente en dirección a ellas.

Los músculos de su rostro estaban en tensión y mi raba nerviosamente en todas direcciones.

Se detuvo frente a la fachada del almacén y consultó su reloj de pulsera.

Eran las dos y diez de la madrugada.

Después de dudar un instante, el hombre cogió uno de los bidones y con el mayor sigilo lo puso debajo de un ventanuco que estaba a unos dos metros y medio del suelo.

Luego trepó sobre el bidón y espió hacia el interior.

Con el rostro sudoroso y tenso, el hombre vio cómo Chiasaro y los estibadores acomodaban las cajas en uno de los lados del almacén.

Cuando la operación hubo concluido, Chiasaro cogió un hierro y abrió la tapa de una de las cajas. Metió la mano y sacó una reluciente metralleta.

Pensando que ya había visto bastante, el hombre descendió cautelosamente del bidón, pero sus piernas se enredaron y cayó al suelo, golpeándose contra unas cajas que se volcaron con gran estrépito.

El hombre se levantó rápidamente con el rostro pálido por el miedo y echó a correr en dirección contraria a los muelles.

Cuando había avanzado apenas cincuenta metros, escuchó a sus espaldas el ruido de las puertas del almacén que se abrían.

—¡Deténgase! —gritó Chiasaro.

El hombre siguió corriendo sin mirar siquiera para atrás.

Pasó por debajo de unas grúas y se internó en un estrecho callejón del barrio chino antes de que le dieran alcance.

De lo contrario, sabía que no tenía la menor posibilidad de escapar con vida.

Pero el aire comenzaba a faltarle y sentía una fuerte punzada en el pecho a causa del esfuerzo.

Lentamente, las distancias se fueron acortando.

El hombre miró hacia atrás y vio que no tenía la menor posibilidad de burlar a sus perseguidores.

El hombre dobló en la primera esquina.

Era un callejón sin salida que daba a la fachada de unos almacenes abandonados.

Corrió hacia la puerta e intentó abrirla pero éstas no cedieron.

Entonces sacó una pistola de la sobaquera y se volvió hacia la esquina.

Los cuatro estibadores entraron en el callejón con las armas en la mano.

Una expresión de terror asomó al rostro del hombre.

Cuatro contra uno. No tenía la menor posibilidad de salir con vida.

Sin embargo, levantó la pistola y disparó.

La bala zumbó sobre la cabeza de uno de los estibadores.

El hombre ya no pudo volver a disparar.

Las cuatro pistolas de los estibadores rugieron al mismo tiempo.

El hombre sintió el plomo caliente incrustado sobre su vientre y soltó instintivamente la pistola para cogerse con ambas manos las heridas que manaban abundante sangre.

Luego se dobló y cayó de bruces al suelo en medio de agónicos estertores.

Brian Cooper descendió las escalerillas de su yate particular y cruzó el muelle para introducirse en las oscuras callejuelas del puerto.

Era un hombre joven, de unos treinta y cinco años que encantaba a las mujeres y los rasgos de su rostro eran hermosos

pero varoniles.

Medía algo más de un metro ochenta y tenía espaldas anchas y brazos musculosos.

Aquella noche, Cooper vestía un traje de hilo blanco y llevaba una flor roja en el ojal de la americana.

Pese a que era una noche fresca de otoño, Cooper no tenía frío y ni siquiera llevaba abrigo para protegerse de la llovizna delgada pero pertinaz que durante todo el día había caído sobre Rotterdam.

Había bebido unas copas de más con un grupo de amigos en su yate y ahora, cuando todos se habían ido ya a dormir con sus respectivas amigas, él se iba a la ciudad con la intención de proseguir la farra.

No tenía ganas de dormir, ni de compartir la cama con una mujer por más hermosa que ésta fuera. Lo único que deseaba en este momento era introducirse en el bullicio de la ciudad y continuar bebiendo unas copas más hasta que el sol levantase nuevamente en el horizonte. Entonces, sólo entonces, regresaría al yate y se dormiría hasta la media tarde.

Había caminado tres o cuatro calles cuando a sus oídos llegaron nítidamente las detonaciones de unos disparos.

Cooper se detuvo en seco y miró en todas direcciones.

No se veía a nadie ni se escuchaba el menor ruido.

Sin embargo, y pese a las copas que llevaba encima, estaba seguro de haber oído las detonaciones.

Unos segundos después escuchó dos nuevos disparos y esta vez pudo ubicar el lugar desde donde parecían proceder.

Corrió los cincuenta metros que lo separaban de la esquina más próxima y vio a cuatro hombres que huían en distintas direcciones.

Los cuatro llevaban pistolas en las manos.

Cooper se volvió hacia el callejón y descubrió un bulto que se retorció en el suelo metido en medio de horribles convulsiones.

Se acercó cautelosamente y vio al hombre que yacía en medio de un charco de sangre. Estaba arrollado como un ovillo y su cuerpo se estremecía en agónicos espasmos. Cooper se inclinó sobre él y le levantó la cabeza con sus manos.

El hombre abrió los ojos y quiso decir algo. Pero de su boca sólo salió un borbotón de sangre.

—Llamaré a un médico —dijo Cooper—. Es mejor que no

intente decirme nada.

Brian Cooper se fue a levantar pero el herido lo agarró fuertemente por la manga de la chaqueta. Su rostro reflejaba una gran ansiedad y desesperación.

—Vuelvo enseguida —dijo Cooper—. Iré a la cabina más próxima. La ambulancia no tardará en llegar.

Pero el hombre no le soltó y, con la otra mano, extrajo un papel del bolsillo de la gabardina.

Con el papel en la mano, el hombre abrió la boca intentando volver a hablar, pero tampoco esta vez lo consiguió.

Su rostro se crispó por el esfuerzo y después de una última y violenta convulsión, emitió un sordo ronquido y su cabeza cayó hacia atrás.

Su mirada se volvió vidriosa y sus músculos adquirieron la rigidez de la muerte.

Cooper le tomó el pulso y comprobó que ya no latía.

Apoyó la cabeza del hombre en el suelo y cogió el papel que momentos antes había querido entregarle.

Sólo había un nombre y un número de teléfono: Laura. 233.44.57.

Brian se guardó el papel en el bolsillo y salió del callejón en busca de un teléfono.

Tuvo que caminar más de diez calles para encontrar la primera cabina.

Cuando se disponía a llamar vio que se acercaba un coche de la policía y le hizo señas con la mano.

El patrullero se detuvo.

—¿Sucedé algo malo? —preguntó uno de los policías.

—Hubo un tiroteo. Hay un cadáver cerca de los muelles.

El policía abrió la portezuela del coche.

—Suba.

Cooper obedeció y se instaló en el asiento trasero.

—Siga todo recto y gire en el primer callejón.

El patrullero hizo sonar la sirena y siguió las instrucciones de Cooper.

El coche giró en el oscuro callejón y los policías saltaron sobre el asfalto.

—Encienda los faros, Joe —ordenó uno de los policías.

El conductor obedeció y el callejón se iluminó por la luz potente y blanca de los faros. Brian Cooper abrió los ojos asombrado.

El cadáver había desaparecido y en el suelo no se veía el menor rastro de sangre.

Los agentes se volvieron hacia él con expresión amenazante.

—¿Así que un cadáver, eh? —dijo el sargento.

—Lo he visto aquí. Estoy seguro.

—... Y se ha esfumado como por arte de magia, ¿verdad?

—No lo sé... no lo entiendo. Quizá sus asesinos hayan retirado el cuerpo mientras yo iba en busca de un teléfono. Tuvieron tiempo de hacerlo.

—¿Y para qué habrían de arriesgarse a semejante cosa?

—Para aparentar que no hubo delito. Si no hay cuerpo, no hay asesinato, ¿verdad?

—Pero aquí no hay ni una mancha de sangre, amigo.

Brian Cooper se inclinó sobre el asfalto.

Estaba mojado pero no había restos de sangre.

—Está húmedo. Pueden haber lavado el suelo.

—No me diga. ¿Y qué más? —preguntó un agente en tono burlón.

—Vosotros no me creéis pero yo os juro que hasta hace veinte minutos aquí había un cadáver cosido a balazos.

—Usted está bebido, amigo.

—No tanto como para ver visiones.

—De todas formas nos ha engañado y eso es un delito.

Brian se encogió de hombros e hizo un gesto de impotencia.

—Por esta vez le vamos a perdonar —dijo el sargento mientras regresaba al coche—. Pero le advierto que otra broma de éstas y terminará con sus huesos en la misma cárcel. Los policías subieron al patrullero y se alejaron rápidamente dejando a Brian en medio del callejón.

CAPÍTULO II

Brian Cooper desplegó el periódico sobre la mesa del salón y quedó mudo de asombro.

En las páginas centrales había una escueta Información sobre un grave accidente de tráfico, en el que un hombre había perdido la vida al despeñarse su coche por un barranco. La acompañaba una pequeña foto de la víctima.

Pese a la mala calidad de la impresión y a que se trataba de una foto antigua, Brian Cooper le reconoció de inmediato.

Se trataba del hombre que habían asesinado en el puerto y cuyo cadáver había desaparecido.

Cooper leyó el artículo y no encontró la menor referencia a las balas que el cadáver llevaba en el cuerpo. Al parecer el coche había explotado al golpear contra el fondo del precipicio por lo que los restos del hombre habían aparecido carbonizados.

Brian volvió la página y entre las esquelas mortuorias encontró lo que buscaba. El entierro tendría lugar esa misma tarde en el Cementerio Central.

Brian consultó su reloj de pulsera.

Eran las dos de la tarde. Aún le quedaban tres cuartos de hora para llegar al cementerio. Se vistió con un traje de calle y buscó el papel que le había dado la víctima poco antes de morir. Marcó el número de teléfono y escuchó una voz femenina del otro lado de la línea.

—Diga.

—¿Laura?

Se hizo un momento de silencio.

—¿Quién habla? —preguntó la mujer.

—Un amigo de Frederick.

De nuevo la mujer guardó silencio durante unos segundos como si temiese desconfiase de algo.

—¿Qué desea? —preguntó ella finalmente.

—Quiero hablar con Laura. Tengo un encargo para ella.

—¿Qué clase de encargo?

—Se lo diré cuando la vea. Supongo que es usted misma, ¿verdad?

—No. Creo que se ha equivocado de número.

—No me parece. Por qué no deja...

Brian interrumpió la frase al oír el «clik» del teléfono.

Cooper se encogió de hombros y guardándose el papel en el bolsillo de la americana salió del yate.

Eran las tres en punto cuando entró al cementerio detrás del pequeño cortejo en acompañaba los restos mortales de Frederick Waugh.

El cortejo estaba compuesto por siete hombres y una mujer que llevaba un velo negro cubriéndole el rostro.

Brian se mantuvo a cierta distancia, observando los rostros serios de los hombres que caminaban a ambos lados de la mujer.

Se detuvieron frente a uno de los fosos donde dejaron caer el cajón. Todo en medio de un tremendo silencio matizado únicamente por el crujir de los zapatos sobre la hierba.

Después de las acostumbradas palabras del sacerdote, los hombres se despidieron de la mujer y se alejaron por dónde habían venido.

Brian los siguió con la mirada hasta que se perdieron entre los árboles y se volvió nuevamente hacia la mujer.

Estaba sola frente a la tumba y había en sus hombros caídos y su cabeza inclinada hacia el suelo una actitud de congoja.

Transcurrieron algo más de diez minutos antes de que la mujer levantara la cabeza y se volviese hacia los árboles.

Sólo entonces descubrió la presencia de Brian y se sobresaltó.

A través del velo, Brian creyó ver una expresión de miedo en el rostro de la mujer.

Antes de que pudiese acercarse a ella, la mujer se alejó caminando rápidamente en dirección a la salida del cementerio.

Brian corrió detrás de ella y alcanzó a verla subir en un lujoso Aston Martin. Le gritó para que se detuviera, pero la mujer puso el motor en marcha y arrancó velozmente.

Volviéndose hacia la esquina más próxima, Brian corrió hacia

una fila de taxis que aguardaban en la puerta del cementerio y subió al primero de ellos.

—¿A dónde le llevo, señor? —preguntó el taxista, mientras encendía el motor del coche.

—Siga a aquel coche —respondió Brian señalando hacia el Aston Martin que se había detenido en un disco rojo.

El taxista le miró asombrado.

—No quiero tener problemas, señor. Disculpe, pero...

—No tendrá problemas. Si lo hace y no lo pierde de vista le pagaré el doble de lo que marque el taxímetro.

—De todas formas no quisiera tener problemas con la policía.

—No los tendrá. Es mi novia que se ha enfadado conmigo y quiero saber a dónde se dirige.

El taxista sonrió y arrancó en dirección al Aston Martin en el preciso instante en que éste reanudaba la marcha.

—Si es así, le garantizo que no la perderemos de vista —dijo el taxista mientras esquivaba a un par de coches y se situaba veinte metros detrás del deportivo.

La mujer conducía con gran habilidad en medio del tráfico obligando al taxista a un gran esfuerzo para poder seguirla.

—Su novia es una excelente conductora, amigo —dijo el taxista—. Pocas mujeres conducen como ella.

—Ya lo creo. Pero no se acerque demasiado. No me interesa que se entere de que la estoy siguiendo.

—Como usted diga —dijo el taxista al tiempo que reducía la velocidad.

Después de dar una serie de vueltas por la ciudad y pensando que ya nadie le seguía, la mujer detuvo el coche frente a un edificio.

El taxi se detuvo a unos ciento cincuenta metros y Brian la vio descender y correr hacia la puerta de la casa.

—Aguardemos un momento aquí. Quizá vuelva a salir —dijo Brian viendo que la mujer ni siquiera había cerrado del todo la portezuela del coche.

Chiasaro se había quedado dormido con la cabeza apoyada sobre la mesa de su despacho cuando le despertó la campanilla del teléfono.

—¿Quién es? —Gruñó de mal humor.

—«Don» —respondió una voz fría y autoritaria al otro lado de la

línea.

Chiasaro se sobresaltó y la expresión de su rostro cambió de inmediato.

—¿En qué puedo servirle, «Don»?

—La muchacha va a buscar la maleta. Hay que evitar que se reúna con esos documentos.

—Sí. «Don». ¿Qué debo hacer?

—Envía a Rocco y Richard a la estación. Una vez que ella haya retirado el maletín deberán quitárselo como sea.

—Pierda cuidado, «Don». Los muchachos se encargarán de eso ahora mismo.

—Espero que no fracasen, Chiasaro... Lo digo por tu bien.

Chiasaro palideció y se enjugó el sudor de la frente.

—Descuide, «Don». No fracasarán.

—Tampoco quiero que le hagan a ella ningún daño. Deben quitarle el maletín limpiamente. ¿Entendido?

—Sí, «Don». Como usted ordene.

—Que sus hombres se movilicen inmediatamente. Ella va a salir ahora mismo.

Chiasaro escuchó el «clic» del teléfono y colgó el auricular.

Suspiró profundamente como si quisiera recobrar fuerzas después de una fuerte impresión y salió del despacho.

—¡Rocco! ¡Richard! ¡Venid inmediatamente! —gritó hacia unos hombres que descargaban unas cajas en el almacén.

Los dos hombres se acercaron a su jefe.

—Ha llamado «Don». Tenéis que ir a la estación, y esperar a que Laura salga con el maletín de Frederick y arrebatárselo.

—¿Eso es todo? —preguntó Rocco.

—Sí. Pero es muy importante. No podéis fallar.

Rocco lanzó una sonora carcajada.

—Será un juego de niños. Si no soy capaz de arrancarle un maletín a una mujer me hago cura.

—Si no lo consigues no tendrás tiempo ni de ponerte la sotana

—dijo Chiasaro con expresión sombría—. «Don» no perdona los fracasos.

Rocco se encogió de hombros con una expresión burlona y saltó a la cabina de un *jeep*. Richard se situó a su lado.

—Daos prisa —dijo Chiasaro—. Ella ya debe estar en camino.

Rocco puso el motor en marcha y arrancó raudamente, perdiéndose entre las callejuelas del puerto.

Chiasaro volvió a enjuagarse el sudor de la frente y murmuró para sí mismo:

—El hijo de puta de Frederick no nos deja en paz ni después de muerto.

CAPÍTULO III

No habían pasado más de quince minutos cuando la mujer reapareció en la puerta del edificio. Vestía un traje de calle gris en sustitución de las ropas de luto y su cabellera rubia caía libremente sobre los hombros.

Libre del velo que anteriormente cubría su rostro, se le veía como una mujer joven y hermosa. Tenía los ojos de un azul muy claro y los labios carnosos y sensuales. No tendría más de treinta años.

La muchacha miró en ambas direcciones y se situó al volante del Aston Martin. Puso el motor en marcha y se alejó rápidamente en dirección al centro de la ciudad.

Brian Cooper aguardó a que doblara por la primera esquina y ordenó al taxista:

—Ya podemos salir tras ella. Pero evite acercarse demasiado para no espantarla.

El taxista asintió y arrancó raudamente en la misma dirección que había tomado ella. Los dos coches se internaron en medio del denso tráfico del centro de Rotterdam. Estaba oscureciendo y entre aquella marea de coches no resultaba difícil seguirla sin llamarle la atención.

Después de dar una serie de vueltas la chica se detuvo frente a la estación de ferrocarriles.

Brian aguardó a que ella bajara del coche y entrara en el vestíbulo para salir del taxi.

—Espérame aquí —ordenó al taxista—. No demoraré demasiado.

La muchacha avanzó entre la gente sin advertir la presencia de Brian que la seguía a unos diez pasos de distancia. Se detuvo frente a los armarios de consigna y sacó una llave de su bolso.

Brian se escondió detrás de una cabina telefónica y la vio abrir uno de los armarios y sacar un maletín.

Cuando la muchacha salía con el maletín en la mano, Brian salió a su encuentro.

—¿Laura? —preguntó Brian.

Sólo entonces, la mujer se dio cuenta de su presencia y su rostro se contrajo de miedo.

—No tema —dijo él viendo la expresión de su rostro—. Sólo quiero hablar unos minutos. Las palabras de Brian no consiguieron tranquilizarla.

De un fuerte empujón, la muchacha lo apartó de su camino y corrió hacia la puerta.

Brian corrió tras ella. La gente que aquella hora llenaba el vestíbulo de la estación, obstaculizaban su camino impidiéndole darle alcance.

Con el maletín abrazado contra su cuerpo, la muchacha descendió las escaleras de la estación y corrió hacia su coche.

En este momento vio a Rocco que avanzaba hacia ella. Quiso volverse, pero sintió la mano de Richard que la cogió por un brazo, inmovilizándola.

La muchacha palideció y comprendió que estaba perdida. Sin embargo se aferró al maletín y se debatió contra los dos hombres como una fiera enjaulada.

Con el tacón de su zapato golpeó a Richard en un tobillo pero no pudo evitar que Rocco se plantara frente a ella y la golpeará con el revés de la mano.

—¡Auxilio! ¡Soltadme! —gritó ella intentando llamar la atención de la gente.

Pero ninguno de los transeúntes que se dirigían a la estación parecía dispuesto a intervenir.

De un tirón, Rocco arrebató el maletín de la muchacha y seguido por Richard, corrió hacia el *jeep* que los aguardaba en la esquina.

Cuando estaban a punto de alcanzarlo vieron a Brian que les cortaba el paso.

Rocco se llevó una mano a la cintura pero no tuvo tiempo de sacar la pistola.

Con la velocidad de una saeta, Brian se lanzó sobre él y lo golpeó en el cuello con el canto de la mano.

Rocco lanzó un quejido y quiso echarse atrás pero no pudo impedir el segundo golpe, un directo a la mandíbula que le dobló

las rodillas y le nubló la vista.

Brian cogió la cartera que se deslizó de los dedos de Rocco y golpeó con ella el rostro de Richard que se abalanzaba sobre él.

Richard gimió y llevándose la mano a la sobaquera extrajo una pistola de pequeño calibre. Apuntó a Brian en el momento en que éste se disponía a saltar sobre él y dijo:

—Un paso más y disparo.

Brian se detuvo en seco.

—Dame el maletín y no intentes nada.

Brian dudó y vio a la muchacha que se acercaba lentamente por detrás del pistolero.

—Está bien —dijo extendiéndole la cartera—. Aquí lo tienes.

Cuando Richard se dispuso a cogerlo sintió la fría presión del cañón de un revólver contra la nuca.

—Suelta la pistola —dijo la muchacha mientras apretaba aún más el cañón contra su cabeza.

Richard palideció y dejó caer el arma.

Brian sonrió y cogió la pistola que había caído a sus pies.

Luego se situó junto a la muchacha y dijo:

—¿Y ahora qué? ¿Llamamos a la policía?

—No —dijo ella secamente—. No puedo hacerlo. Déjales que se marchen.

Brian empujó a Richard contra la cabina del *jeep* y dijo:

—Ya puedes largarte y llevarte a tu amiguito.

El pistolero ayudó a Rocco a incorporarse y montó en el *jeep*, arrancando a toda velocidad.

Una vez que el *jeep* se perdió en medio de la oscuridad de la noche, Brian se volvió hacia la muchacha y le extendió el maletín:

—Supongo que debe contener algo valioso.

—Sí. Depende desde qué punto de vista se mire. Pero... ¿quién es usted? Pensé que era uno de ellos.

—Ya se lo he dicho por teléfono. Un amigo de Frederick. Pienso que le interesaría saber cómo murió...

La joven se sobresaltó.

—¿Usted lo vio?

—Sí —respondió Brian y volviéndose hacia la gente que se había reunido alrededor de ellos tras el incidente, dijo—: Pero será mejor que lo hablemos en otro lado. ¿No le parece, Laura?

—Sí. Venga conmigo. No vivo demasiado lejos de aquí.

Brian asintió y después de despachar al taxista que lo había aguardado, subió al Aston Martin situándose en el asiento del acompañante.

Laura puso el motor en marcha y arrancó raudamente bajo la sorprendida mirada de los transeúntes que habían contemplado todo aquello sin entender nada de lo que sucedía.

Cuando el coche se detuvo ante la puerta del edificio donde vivía Laura, un hombre les salió al encuentro. Era rubio, alto, de casi un metro noventa, y lucía un impecable traje gris. Tenía el ceño fruncido y una expresión de gran preocupación.

—Hola, Laura —dijo abriendo la portezuela del coche—. Estaba preocupado por ti.

—¿Porqué? —preguntó Laura mientras descendía del coche.

—Tardabas demasiado. Temía que te hubiese sucedido algo.

Laura sonrió y señaló a Brian que acababa de salir del coche y se reunía con ellos.

—Elsie es...

—Brian Cooper, encantado —dijo el joven extendiéndole la mano.

—Kurt Slesinger, para servirle —respondió el hombre estrechándole la mano.

—Si no fuese por él —intervino Laura—, me habrían robado el maletín.

Kurt se sobresaltó.

—¿Y no te lo han quitado?

Laura abrió el maletero del coche y sacó el maletín negro, enseñandoselo con una sonrisa.

—Aquí está —dijo—. Ahora subamos y veremos qué contiene.

Los dos hombres la siguieron hacia el interior del apartamento. Laura los hizo pasar al salón y puso el maletín sobre la mesa. Luego dijo:

—Antes que nada quisiera saber qué tiene que ver usted en esto, Brian. Me dijo que era amigo de Frederick...

—Frederick intentó darme un mensaje para usted, Laura. Pero no sé si debería hablar delante de otras personas.

—Kurt es mi abogado y era amigo personal de Frederick. Puede hablar con toda libertad. Brian se acomodó en uno de los sofás y

contó lo que había visto esa noche en el muelle. Laura y Kurt le escucharon con atención sin interrumpir su relato en ningún momento. Cuando hubo terminado, Laura preguntó:

—¿Pudo ver a los hombres que le dispararon?

—Sí. Pero estaba oscuro y me resultaría muy difícil identificarlos. Aunque no me extrañaría que los dos que la atacaron esta tarde estuvieran entre ellos.

—Es muy probable. Lo que sí es importante es el lugar donde le dispararon. Dice usted que fue uno de los callejones del puerto de carga.

—Sí. De eso estoy seguro.

—Frederick debía estar investigando en los muelles cuando le descubrieron y le mataron. ¿No te parece, Kurt?

—No lo sé. Puede que sí... puede que no.

—¿Se te ocurre alguna otra explicación?

—Pueden haberlo perseguido hasta allí desde cualquier otro punto de la ciudad.

—No lo creo. Frederick jamás se dirigiría a las calles solitarias del puerto.

—Ahora quisiera que me respondieran algunas cosas a mí —dijo Brian—. Aún no sé quién era Frederick, qué era lo que estaba investigando y por qué le mataron. Estoy metido en esto por pura casualidad y antes de que me maten quisiera saber al menos con quién tengo que enfrentarme.

Laura sonrió.

—Tiene usted razón, Brian. Aunque no sé si podré contestara esas preguntas.

—No deberías hacerlo —dijo Kurt—. Ni siquiera sabemos quién es este individuo. Puede ser que esté aquí para sacarnos información.

La muchacha negó con un movimiento de cabeza.

—Ya te dije que gracias a él aún conservo el maletín. Le diré todo lo que sé.

Kurt se encogió de hombros con una expresión de disgusto.

—Haz lo que quieras. Pero te advierto que puede resultar peligroso.

—Déjate de idioteces, amiguito —intervino Brian—. He visto matar a un hombre y he tenido que enfrentarme a dos pistoleros

para defender a esta chica. Tengo derecho a saber...

—No se agite, Brian —dijo Laura—. Yo le explicaré. Frederick era un agente del servicio secreto que estaba investigando una red de traficantes de armas. En estos días había adelantado mucho en sus investigaciones y seguramente le mataron cuando estaba a punto de desenmascarar a la banda de traficantes.

—¿Y usted qué tiene que ver en todo esto?

—Yo figuraba como su esposa pero en realidad soy otro agente secreto que trabajaba con él en el caso.

—Entonces sabrá dónde estaban orientadas las investigaciones de Frederick.

—No. Yo sólo tenía algunas informaciones parciales. En los últimos días él se había mostrado muy reservado pues temía echarlo todo a perder. Sin embargo había previsto la posibilidad de que le matasen y buscó la forma de no llevarse el secreto de sus investigaciones a la tumba.

Brian enarcó las cejas.

—No comprendo...

Laura señaló el maletín y dijo:

—Ahí está toda la documentación del caso y el resultado de sus investigaciones. Me había dejado una llave de la consigna que yo sólo utilizaría para el caso de que él muriese.

—Por eso los pistoleros quisieron quitársela. Pero... ¿cómo se enteraron de la existencia de ese maletín y de que usted iba a buscarlo?

—Es evidente que tienen espías muy bien informados. Siempre los han tenido.

Brian señaló el maletín y dijo:

—¿Por qué no pone toda esta documentación en manos de la policía? Sería lo más sensato y evitaría riesgos inútiles.

—No puedo hacerlo. La policía no puede intervenir en esto. Es una cuestión de Estado y para eso estamos los agentes de seguridad. Pero si usted quisiera ayudarme, podría hacerlo.

—Ya estoy metido en esto y no podría salir aunque quisiese. Dígame en qué puedo ayudarla.

—Haciendo algunas investigaciones en el puerto. Estoy segura de que allí está la clave de todo el asunto.

—¿Por qué no busca la clave en los documentos del maletín?

—Lo haré pero tardaré unos días. Kurt se ha ofrecido a descifrar los mensajes.

—¿Y piensa confiarle a él el maletín?

Kurt, que hasta ese momento se había mantenido en silencio se puso de pie con el rostro enrojecido de furia.

—¿Qué insinúa. Brian? Frederick confiaba en mí.

—Quizá por eso mismo le mataron. Usted no es de la clase de personas en que se puede confiar.

—Si lo que busca es pelea, Brian...

Laura se interpuso entre los dos hombres que se miraban desafiantes.

—¡Basta! No hace falta que sigáis discutiendo. Kurt goza de toda mi confianza y puede llevarse la documentación.

Kurt sonrió y cogió el maletín que estaba sobre la mesa. Luego dijo:

—En cuanto haya descifrado los papeles te avisaré, Laura —y haciendo un gesto con la cabeza hacia Brian agregó—: Yo, en tu lugar, me cuidaría de ese pájaro.

CAPÍTULO IV

Sentado sobre el viejo embarcadero de madera, Brian Cooper vio acercarse la barca bajo el tenue resplandor de la luna.

Era cerca de la medianoche y Brian llevaba más de media hora esperando pacientemente en aquella posición.

Había cambiado sus elegantes ropas de calle por unos pantalones téjanos y una cazadora de cuero negra. Cubría su cabeza con una gorra de lana que le daba un aire de marinero. Brian encendió un cigarrillo y esperó pacientemente a que la barca se arrimara al muelle. Entonces se puso de pie y cogió la cuerda que un viejo pescador le tiró desde la cubierta. Amarró la cuerda al embarcadero y ayudó al viejo a saltar de la barca.

—¡Vaya sorpresa, Brian! —dijo el anciano—. Hacía tiempo que no se te veía por aquí.

—¿Qué tal, Tom? Estás igual que siempre. Los años no pasan para ti, viejo bribón.

El viejo sonrió y se acarició el mentón sombreado por una incipiente barba oscura.

—He visto tu yate en el muelle y supuse que tarde o temprano te dejarías ver. Pero no esperaba encontrarte a estas horas.

—Quería hablar contigo, Tom. Necesito cierta información y nadie conoce el puerto mejor que tú.

Tom enarcó la ceja y preguntó:

—¿No estarás metido en algún enredo, verdad, Brian?

—Me temo que sí. Ya sabes que siempre estoy metido en alguno. Pero me parece que éste es demasiado gordo.

El viejo sonrió y sacudió la cabeza.

—No aprenderás nunca, Brian. El día menos pensado terminarás mal. Hazle caso a un viejo lobo de mar.

—Seguiré tu consejo. Te lo prometo. Pero ahora necesito que me ayudes.

Tom señaló hacia las mortecinas luces de un bar y dijo:

—Tomemos una copa y me lo explicarás. Si puedo ayudarte ya sabes que lo haré. Los dos hombres se encaminaron hacia el bar y se situaron en una mesa solitaria. Después de encargar dos copas de ginebra, Tom preguntó:

—¿De qué se trata, Brian?

—De un tal Frederick Brown. ¿Te dice algo su nombre?

Tom negó con un movimiento de cabeza.

—Jamás lo había oído... y tengo buena memoria.

—Lo sé. Suponía que no sabrías nada de él. Además es muy posible que se presentase por aquí con nombre falso.

—¿A qué se debe tu interés por él?

—Le mataron hace dos noches. Aquí mismo, en los muelles.

El viejo se sobresaltó.

—¿Estás seguro? No me he enterado de nada.

—Completamente.

—Es extraño. Anoche estuve de sereno en uno de los almacenes.

—¿Y no viste, ni oíste nada anormal?

—Ya sabes que soy viejo. Tengo muy mal oído como todos los de mi edad.

—Pero tienes buena vista. Podrías haber visto alguna cosa que te llamase la atención. Haz memoria.

Tom se echó hacia atrás en el asiento y bebió un largo trago de ginebra.

—Déjame pensar...

—Cualquier detalle sirve, Tom. Algún movimiento fuera de lo normal... alguna cosa.

El viejo encendió la pipa y cerró los ojos, concentrándose en sus pensamientos.

—Sólo recuerdo una cosa —dijo después de unos minutos de silencio—. Serían cerca de las dos de la mañana cuando un camión se detuvo frente a los almacenes Euros. Yo había salido un momento a buscar la botella de ginebra a la barca y lo vi pasar frente a la puerta. Me llamó la atención por la hora aunque tampoco es tan extraño. En algunas ocasiones descargan de madrugada.

—¿No viste nada más?

—No. Ya te digo que tampoco es tan extraño. Así que seguí mi

camino y luego regresé a mi lugar de trabajo que queda a unas cinco calles de ahí.

—De todas formas es una pista, Tom. Vale la pena investigarla. ¿No te parece?

Tom se encogió de hombros. Luego dijo:

—Yo de ti andaría con cuidado. Un asesinato es algo muy serio y no sé que tienes que ver tú con esto.

—Yo presencié la muerte del tal Frederick. Y no me gusta que maten a la gente delante de mí.

Tom abrió la boca con asombro y tuvo que sostener la pipa para que no se le cayera.

—¿Dices que lo presenciaste?

—Eso dije. Y antes de morir me dio un mensaje en un papel para una tal Laura que al igual que él era un agente secreto.

—¿Y qué investigaban?

—Tráfico de armas. Según creo para Rodesia.

—¿Has dicho para Rodesia? Eso sí que es un detalle muy interesante.

—¿Por qué?

—Hace un par de meses vi cómo cargaban unas cajas con destino a Rodesia. Al parecer se trataba de latas de conserva... pero quién te dice que el contenido de las cajas no fuera otro.

—¿Estás seguro?

—Como que me llamo Tom.

—¿De dónde salieron esas cajas?

—De los almacenes Euros. ¿No te parece una extraña coincidencia?

El rostro de Brian se iluminó y sus ojos brillaron con astucia.

—Es un dato sensacional, Tom. Yo sabía que tú me ibas a dar la clave. Creo que ya es hora de que haga una visita a esos almacenes Euros.

—No te precipites, Brian. Los traficantes de armas no se andan con chiquitas. Recuerda lo que le pasó al agente de seguridad.

—No te preocupes, Tom. Sé cuidarme.

—De todas formas te acompañaré. Estoy viejo pero aún puedo serte de alguna utilidad.

—No quisiera que te sucediera nada por mi culpa.

—No soy un niño. Sé cuidarme tan bien como tú. Y si tiene que

sucedirme algo ya he vivido bastante y también me he divertido lo mío.

Brian se encogió de hombros.

—Como quieras.

Brian dejó unas monedas sobre la mesa y después de apurar sus copas, los dos hombres salieron a las oscuras callejuelas del puerto.

Un espeso silencio envolvía el almacén de carga cuando Brian y Tom entraron en la calle. Los dos hombres se movían como sombras en la noche y sus siluetas se recortaban en la calle solitaria bajo el tímido resplandor de las estrellas.

Sigilosamente, Brian y Tom llegaron junto a la pesada puerta del almacén y espionaron por una de las rendijas que quedaba entre las planchas de madera.

En medio de la semi penumbra del almacén, Brian vio a dos hombres que jugaban entre las planchas de madera.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Brian pudo reconocerlos. Eran los dos que habían atacado a Laura a la salida de la estación.

Esto confirmaba totalmente sus sospechas y sólo restaba saber si las armas estaban realmente allí.

Apartándose momentáneamente del barracón, Brian llamó a Tom con un gesto y dijo:

—¿Conoces a esos dos?

—Sí. Son dos matones que trabajan en los muelles como estibadores.

—¿Desde cuándo?

Tom meditó un momento.

—Medio año o algo así. ¿Por qué lo preguntas?

—Los he visto ayer en la estación. Forman parte de la banda.

—No me extraña. Ya te he dicho que son dos matones de la peor calaña.

—Les haremos una visita.

El viejo se sobresaltó.

—¡Estás loco! No nos darían la menor oportunidad. Estos tíos son de los que disparan antes de preguntar.

—No temas. Lo único que tienes que hacer es llamar a la puerta y decirles que eres tú. No sospecharán nada.

—¿Y luego?

—Les dices que se te ha prendido fuego a la barca. Cualquier cosa... Lo que interesa es que salgan a la calle. Del resto me encargo yo.

Tom asintió de mala ganas y llamó a la puerta mientras Brian se escondía detrás de unos bidones con una pistola en la mano. Transcurrieron unos segundos antes de que se escuchara la voz de Rocco:

—¿Quién es?

—Tom, el pescador.

—¿Qué deseas?

—Se ha prendido fuego una barca. Creo que es la vuestra. Abrid la puerta.

Después de dudar unos instantes el pistolero abrió la puerta y se encaró con el viejo.

—¿Dónde está el fuego? Yo no veo nada.

Tom señaló hacia unas grúas y dijo:

—Detrás de aquellas grúas. Desde aquí no lo verás. Ven conmigo.

Rocco se volvió hacia Richard que los miraba desde la puerta.

—Tú quédate aquí. Yo voy a ver si es verdad lo que dice este viejo borracho.

Richard asintió y se disponía a entrar nuevamente al almacén cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¡Las manos arriba y que nadie se mueva!

Rocco y Richard se volvieron hacia los bidones y vieron la silueta de Brian que les apuntaba con una pistola en la mano.

En un principio no le reconocieron.

—¿Pero... qué...? —balbuceó Rocco.

Brian salió del oscuro rincón y se aproximó a los desconcertados pistoleros.

—¡Tú...! ¡Maldito bastardo! —vociferó temblando de rabia.

—Celebro volver a veros —dijo Brian mientras les apuntaba con la pistola—. Ahora arrojad las armas al suelo con mucho cuidado.

Los dos hombres se llevaron las manos a las cinturas y sacaron lentamente las armas, dejándolas caer al suelo.

—Tom, coge las armas —ordenó Brian.

El viejo le obedeció y guardó ambas pistolas en el cinto de sus pantalones.

Brian empujó a los dos hombres hacia el interior del almacén y volvió a cerrar las puertas.

—¿Dónde están las armas? —preguntó Brian.

—No sé de qué hablas —respondió Richard—. Aquí no hay más armas que las nuestras.

—¿Ah sí? ¿Y qué contienen todas estas cajas? —preguntó el joven señalando los bultos que llenaban el almacén.

—Conservas.

—Eso tendremos que verlo. ¡Abre una!

Rocco cogió un hierro e hizo soltar la tapa de una de las cajas que estaban apiladas contra una pared.

—Puedes mirarlo tú mismo. Aquí no hay más que latas.

Brian removió las latas sin encontrar el menor indicio de las armas.

—No es suficiente. Sé qué tenéis aquí las armas y si es preciso os haré abrir cada una de las cajas.

—Haz lo que quieras. No encontrarás nada.

Brian le arrancó el hierro de las manos y se dispuso a abrir otra de las cajas, mientras Tom les apuntaba con las armas.

—Aquí tampoco hay nada —dijo Cooper desilusionado.

Rocco y Richard se miraron sonrientes.

Pero las sonrisas desaparecieron de sus rostros cuando Tom señaló hacia un montón de cajas que ocupaban la fila inferior y dijo:

—Mira allí, Brian. Esas cajas tienen una pequeña marca en la madera.

Brian se acercó y comprobó que en todas aquellas cajas se había hecho una marca similar y casi imperceptible sobre la madera.

—Creo que has dado en el clavo, viejo zorro.

Después de quitar las cajas que estaban encima, Brian abrió una de aquéllas y ante sus ojos aparecieron centenares de bombas de mano de fabricación belga.

—¡Aquí están!

Una expresión de cólera apareció en el rostro de Rocco que se abalanzó contra el viejo intentando arrebatárle el arma.

Pero Tom no estaba desprevenido y echándose hacia un costado esquivó el embate del estibador y lo golpeó en la cabeza con la culata de la pistola.

El grandullón se derrumbó pesadamente y de su cabeza comenzó a salir un hilo de sangre oscura y espesa.

—No le habrás matado, ¿verdad? —preguntó Brian.

El viejo le tomó el pulso y negó con la cabeza.

—Sólo está inconsciente. Dormirá un buen rato.

—Mejor. Ahora sólo falta que duermas al otro. De esa forma podremos trabajar tranquilos.

El viejo sonrió y como si le hubiese tomado el gusto a la cosa, golpeó la cabeza de Richard que cayó inconsciente junto a su compañero.

—Ahora manos a la obra. Mañana se llevarán una gran sorpresa.

—¿Qué piensas hacer, Brian?

—Les jugaremos una mala pasada. Ya verás.

CAPÍTULO V

Chiasaro abrió la puerta del almacén y se extrañó de que sus hombres no estuviesen haciendo la guardia en el lugar acostumbrado.

—¡Rocco, Richard! ¿Dónde os habéis metido?

Nadie le respondió.

Maldiciendo por lo bajo, Chiasaro recorrió todos los rincones de la amplia nave.

—¡Malditos bastardos! —masculló entre dientes viendo que sus hombres no aparecían por ningún lado—. Han abandonado la guardia. Esto les costará muy caro.

Resoplando por la agitación, Chiasaro dejó caer su imponente anatomía sobre el sillón del despacho.

En ese momento sonó el teléfono.

Chiasaro descolgó el auricular y gruñó:

—Diga.

—¿Cómo están las cosas, Chiasaro?

El gordo reconoció la voz de «Don» al otro lado de la línea y un escalofrío recorrió el cuerpo.

—Eh... Bien... Todo va bien, «Don» —balbuceó, turbado.

—Magnífico. Diles a Rocco y Richard que preparen las cajas. Esta tarde llega el «Little Star» y habrá que embarcarlas.

Chiasaro palideció. Gruesas gotas de sudor comenzaron a surcar su frente.

—Esta tarde... Hay un pequeño problema, «Don»...

Se hizo un momento de silencio.

—¿Un problema? ¿No me habías dicho que todo iba bien?

—Sí, «Don» —dijo Chiasaro intentando disimular una falsa tranquilidad—. Todo va bien... Pero...

—¡Habla de una vez, imbécil!

—Sí, Don. No es nada grave. Sólo que Rocco y Richard no están.

—¿Cuándo volverán?

—No lo sé.

—¿Qué no lo sabes? —gritó «Don» que cada vez parecía más impaciente—. ¿Pero dónde han ido?

—Tampoco lo sé, han desaparecido.

—La gente no se esfuma en el aire, Chiasaro.

—Ya lo sé, «Don». Pero esta mañana, cuando abrí el almacén, no los encontré.

—¿No te han dejado ningún mensaje?

—No.

—Pues búscalos de inmediato. Esto no me gusta nada.

—Ni a mí, «Don».

—¿Te has asegurado de que estuviese la mercancía?

—He visto las cajas, «Don». Creo que no falta ninguna.

«Don» suspiró aliviado al otro lado de la línea.

—Está bien. Arréglate como puedas hasta que sepamos algo de Rocco y Richard. Lo importante es entregar la mercancía esta tarde cuando lleguen los rodesianos.

—La entregaremos, «Don». Descuida.

—Lo mismo me dijiste cuando te pedí que consiguieras aquel maletín...

—No te preocupes, «Don». Esta vez no fallaremos. Entregaré esas cajas de cualquier manera. Aunque si no aparecen Rocco y Richard necesitareé más gente.

—Contrata a quien te parezca. Adiós.

Chiasaro colgó el auricular y se secó la cara empapada de sudor. Después salió apresuradamente de su despacho y comprobó que todas las cajas estuviesen en su lugar.

—Una señorita dice que quiere verte, Brian.

—¿Te ha dicho su nombre?

—No —respondió Tom sonriente y trazó en el aire una silueta curvilínea—. Pero te aseguro que está muy bien.

Brian se puso de pie y entregó una pistola al viejo pescador. Luego se volvió hacia Rocco y Richard que estaban recostados en sendas cuchetas del camarote y dijo:

—Vigílalos bien. Yo estaré en la cubierta.

Tom asintió y sentándose a horcajadas sobre la silla comenzó a jugar con la pistola frente a los ojos de los dos prisioneros, que

le miraban con odio.

Brian subió las escaleras del yate y salió a cubierta. Se asomó a la barandilla de la borda y vio a Laura que aguardaba en el muelle junto a la embarcación.

—Hola, capitán. He recibido su mensaje.

—¿Qué esperas para subir?

—Nadie me había invitado a hacerlo. Tiene un marinero bastante desconfiado.

—Tom siempre ha sido un mal educado. Pero ven, sube, que tengo algunas novedades que te van a interesar.

Laura trepó por la escalerilla y cogiéndose de la mano que le ofrecía Brian, saltó sobre cubierta.

Llevaba unos pantalones negros muy ajustados al cuerpo y una camisa blanca y escotada que remarcaba sus pechos redondos y firmes.

Brian la miró con deliciosa complacencia.

—Estás hermosa, Mata Hari.

Laura sonrió enseñando su blanca y perfecta dentadura.

—Ser atractiva es parte de mi oficio.

—A una espía así le diría cualquier cosa. Hasta los planes más íntimos y secretos.

—Gracias por la galantería. Pero hablemos de lo nuestro. ¿Cuáles son esas novedades, capitán?

—Puedes tutearme, marinero.

—Gracias. Veo que eres un capitán moderno y poco autoritario. Pero sigues sin decirme nada de lo que me interesa.

—Antes déjame que te invite a una copa.

Laura asintió y se recostó sobre una tumbona de cara al mar que parecía quieto como una balsa de aceite.

Brian sirvió dos *whiskys* y le extendió uno. Luego se sentó junto a ella y dijo:

—Ya tengo las armas.

A la muchacha casi se le cae el vaso de la mano. Abrió la boca por la sorpresa y tuvo que hacer un esfuerzo para articular las primeras palabras.

—¿Qué... que ya tienes las armas? No puedo creerlo.

—Entonces no lo creas.

—Estás hablando en serio, Brian. Esto es para mi muy

importante.

—Mi mamá me enseñó desde pequeño a no mentir. Pero eres libre de creerme o no.

Laura se incorporó en la tumbona llena de ansiedad.

—¿Dónde las tienes?

—Están a buen recaudo. No te precipites aún no he terminado con todo. Quiero descubrir quién es el jefe de todo esto.

—Quiero verlas, Brian.

—Aún no. No podría enseñártelas aunque quisiera. Tienes que tener un poco de paciencia. Déjame jugar mis cartas y muy pronto todo este asunto habrá terminado.

—No comprendo cómo has podido descubrirlas tan rápidamente. Nosotros hemos trabajado durante meses sin mayores resultados.

—Se lo debo a Tom. Él me dio el dato. Las armas estaban en los almacenes Euros. No tuve más que entrar y cogerlas. Ah... abajo tengo a dos prisioneros.

Son los mismos que te quisieron quitar el maletín el otro día.

—¿Hablas en serio?

—Ya te he dicho que no miento. Puedes bajar y verlos con tus propios ojos.

Laura se puso de pie y bajó hasta el camarote seguida por Brian.

—Aquí están —dijo él abriendo la puerta de la cabina y señalando hacia los dos pistoleros.

—Son ellos indudablemente —dijo la chica sin haberse repuesto aún de la sorpresa—. ¿Por qué no los interrogas?

—Ya lo hice pero no saben nada. Lo único que me ha podido enterar es que al jefe le llaman Don y que no le conocen. Sólo han oído su voz por el teléfono.

—¿Crees que dicen la verdad?

—Sí. Es más que probable que el jefe quiera cubrirse de cualquier contingencia adversa.

—¿Qué piensas hacer con ellos?

—De momento se quedarán aquí. Después, cuando todo esté aclarado, la policía se encargará de ellos. Ahora volvamos a cubierta. Hay algo más que quiero enseñarte.

—¿Más aún?

—Ya lo ves. Hoy es día de sorpresas.

La muchacha le siguió nuevamente hacía cubierta. Una vez allí,

Brian se dirigió a la popa y señaló hacia un barco que estaba atracado en un muelle próximo.

—¿Ves ese barco?

—Sí. ¿Qué tiene de particular?

—Míralo mejor. Observa su bandera.

Laura levantó la vista hacia el mástil y quedó perpleja.

—¡Es rodesiano! ¿Quieres decir...?

Brian asintió.

—Acaba de llegar este mediodía. Puedes imaginarte qué es lo que vienen a cargar, ¿verdad?

—¿Cómo sabes todo eso?

—Ya te he dicho que Tom está muy informado. Oficialmente lo que cargan en ese barco son latas de conserva. Y no deja de ser cierto, lo que sucede es que la mitad de las cajas contienen armas de todo tipo.

—¡Eres un as, Brian! Los servicios de inteligencia de mi país deberían ficharte.

—Les costaría demasiado caro. Siempre me ha gustado ser independiente. Si hago esto es porque me divierto... y por ti.

Laura se sonrojó y por un momento pareció turbada.

—¿De verdad lo haces por mí?

—Sí. Me gustan las mujeres hermosas. Siempre me han gustado.

—¿Todas?

—Ninguna tanto como tú.

Laura se mantuvo un momento en silencio, como meditando sobre lo que Brian acababa de confesarle.

Luego recobró su aplomo y seguridad y dijo:

—Yo no soy una mujer como las demás, Brian. Me debo a mi profesión, a mi país...

—¡Pamplinas! Todas las mujeres sois sólo eso, mujeres. De carne y hueso igual que nosotros, los hombres.

Laura sonrió tristemente.

—Tienes razón pero hay circunstancias... Mejor dejemos esto. ¿Tienes algo más que enseñarme?

—Claro que sí.

La muchacha volvió a sorprenderse.

—¿Lo dices en serio?

—No me hagas repetirte por enésima vez que mi mamá...

—... Te enseñó de pequeñito a no mentir —agregó ella, adelantándosele.

—Eso mismo. Ven por aquí.

Cogiéndola de un brazo, Brian la llevó hacia el otro extremo del yate y manipuló unos prismáticos que se apoyaban sobre un trípode, encubiertos detrás de un flotador. Después de regularlos enfocó hacia los muelles. Entonces dijo:

—Allí están los almacenes Euros. Desde la mañana he notado un movimiento inusual. Laura cogió los prismáticos y enfocó hacia los almacenes. Dos camiones estaban detenidos en la puerta como si aguardaran el momento de comenzar a cargar la mercadería.

—Pronto comenzarán a cargar las cajas —comentó ella.

—Será en ese momento cuando echarán algo en falta.

—¿Y qué sucederá entonces?

—No soy adivino, preciosa. Pero te garantizo que habrá follón.

Laura sonrió.

—Eres estupendo, Brian. ¿Cuándo comenzaremos a actuar?

—De momento tú te irás a tu casa y aguardarás mis noticias. No quiero que te expongas.

—Olvidas que soy un agente de seguridad.

—Y también una mujer... una encantadora mujer a quien no me gustaría que le sucediese nada.

—Pero...

—Vete a tu casa y no digas a nadie lo que has visto y oído. Ni siquiera a tus jefes. Laura hizo un gesto de resignación.

—Está bien, capitán. Seré discreta.

Brian le acompañó hasta la escalerilla. Antes de despedirla preguntó:

—¿Has visto a Kurt?

—No. Le he telefoneado pero aún no ha logrado descifrar lo que pueden decirnos.

—Un buen agente nunca debe despreciar una información.

Brian sonrió y cogiendo a la muchacha por los hombros la besó furtivamente en los labios.

Laura se resistió en un principio pero luego rodeó con sus brazos la cabeza del hombre y abrió la boca dejando libre paso a la lengua acariciante de él.

Cuando se separaron, Brian dejó aún con la respiración jadeante:

—Por lo que veo los agentes también saben ser apasionados. Ya te decía yo que las mujeres... son mujeres a secas...

Laura se volvió rápidamente y sin dejar responder bajó corriendo la escalerilla del yate. Brian la vio alejarse con una sonrisa en los labios.

Luego, cuando la chica ya se había perdido de vista, se volvió y vio un coche negro que atravesaba los muelles y se detenía frente a los almacenes Euros.

Corrió hacia los prismáticos y se dispuso a observar aquella escena que prometía ser interesante.

CAPÍTULO VI

Los tres hombres descendieron del coche negro y se encaminaron al interior del almacén.

Uno de ellos, el que iba delante, era rubio y alto, con el pelo cortado a cepillo. Los otros dos eran negros y robustos. Caminaban dos pasos detrás del rubio, flanqueándole los costados como si se tratase de dos guardaespaldas.

Chiasaro salió a su encuentro y estrechó la mano del rubio, ofreciéndole una forzada sonrisa.

—¿Cómo está usted, míster Reeder?

El rubio le miró con desprecio y respondió con fría sequedad:

—Bien. ¿Tiene todo listo?

—Mis hombres están separando las cajas. ¿Qué le parece si pasamos a mi despacho? Mientras ellos terminan el trabajo podríamos arreglar nuestros asuntos.

El rubio asintió con un mecánico movimiento de cabeza y estiró el brazo hacia atrás.

Uno de los negros depositó una pesada cartera en la mano de míster Reeder que sin siquiera volverse, siguió a Chiasaro hasta la pequeña oficina.

—Tome asiento, míster Reeder —dijo Chiasaro.

Reeder se sentó con el maletín apoyado sobre sus rodillas.

Chiasaro le extendió una caja de habanos.

—¿Fuma?

El rodesiano lo despreció con un gesto.

Chiasaro cerró la caja de habanos y se sentó al otro lado del escritorio.

—En cinco minutos estará todo listo y acomodado en los camiones. ¿Trajo usted el dinero?

Reeder abrió la cartera sobre la mesa y unas montañas de billetes repartidos en varios fajos aparecieron ante los ávidos ojos

de Chiasaro.

Chiasaro cogió uno de los fajos al azar y sacó un billete de mil dólares. De uno de los cajones extrajo una lupa y lo examinó detalladamente.

—Son dólares auténticos, señor Chiasaro. Nuevos, crujientes y auténticos dólares. Chiasaro devolvió el billete a la cartera y sonrió.

—Sí, son auténticos. Pero usted comprenderá que en estos casos todas las precauciones son pocas.

Reeder no respondió a su sonrisa. La expresión de su rostro era dura e inalterable.

Chiasaro miró a través de los cristales de la oficina y vio que las cajas ya estaban dispuestas para ser transportadas.

Entonces estiró una mano hacia la cartera que estaba sobre la mesa.

Reeder le cogió el brazo con firmeza.

—Un momento, señor Chiasaro. Usted ha podido comprobar el contenido de la cartera. Pero yo aún no he visto el de las cajas...

Chiasaro dejó escapar una risita nerviosa.

—¿Alguna vez le he engañado, míster Reeder?

—No. Pero siempre hay una primera vez.

Chiasaro retiró el brazo y se acomodó las ropas.

—Está bien. Comprobaremos el contenido de las cajas.

Los dos hombres salieron del despacho y se detuvieron frente a un montón de cajas que estaban apiladas junto a la caja de uno de los camiones.

Chiasaro se dirigió a uno de los camioneros.

—Tú, Paul. Abre una caja.

Paul cogió un hierro e hizo saltar la tapa.

Ante el asombro de los hombres aparecieron miles de latas de conserva.

Míster Reeder se puso pálido como un papel.

Luego su rostro cambió de colores mientras los ojos echaban chispas.

—¡Ha querido engañarnos, Chiasaro!

El gordo no salía de su sorpresa. Tenía la boca muy abierta y los ojos dilatados como si quisieran escaparse de sus órbitas.

—Debe ser un error... no es posible... estoy seguro de que...

—¡Abra otra caja! —bramó Reeder.

Chiasaro hizo una seña al camionero que hizo saltar la tapa de otra de las cajas.

El resultado fue idéntico. Sólo latas de conserva. Miles de latas de conserva.

—¡Es usted una rata de cloaca, Chiasaro!

—No puede ser. Esto tiene que tener alguna explicación.

—Nunca volveremos a hacer negocios. ¡Nunca!

—Pero...

—Debería matarlo ahora mismo como a un insecto —bramó el rubio fuera de sí—. Acribillarlo a balazos...

—Seguramente ha sido un error. Deme al menos una nueva oportunidad. Nunca me había pasado algo así.

—¿Dónde están las armas?

—No lo sé, míster Reeder. Pero le prometo que las encontraremos de inmediato.

El rodesiano dudó un instante.

—Está bien. No debería aceptar ningún trato con ustedes después de esto... Pero necesito esas armas.

Chiasaro suspiró. Sacó un pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y secó el sudor que chorreaba por el cuello empapándole la camisa.

—La próxima vez no habrá errores, míster Reeder.

—Dígale a su jefe que le doy plazo hasta el miércoles. Si en estas cuarenta y ocho horas las armas no aparecen no volverán a hacer negocios con nosotros ni con nadie.

Chiasaro tragó saliva.

—Se lo diré, míster Reeder. Las armas aparecerán. Se lo garantizo.

El rodesiano hizo una seña a uno de los negros que cogió nuevamente el maletín rebosante de dólares y luego los tres se dirigieron hacia la puerta.

—Entraremos en el barco. Cuando recuperen la mercadería puede avisarnos.

El gordo asintió y los tres hombres subieron al coche arrancando bruscamente en dirección a los muelles.

Brian Cooper dejó los prismáticos y sonrió divertido.

Había visto el rostro de los rodesianos al abandonar el barracón y por sus expresiones le resultaba fácil adivinar cómo se habían

desarrollado las conversaciones.

Todo funcionaba tal cual él lo había previsto. Ahora era el momento de actuar.

De un salto, Brian abandonó la cubierta para cambiarse nuevamente de ropas.

Cuando salió del camarote tenía todo el aspecto de un estibador.

Llevaba unos pantalones téjanos desflecados, una camiseta a rayas horizontales, una cazadora negra y desgastada y un gorro de lana que le cubría hasta las cejas.

Bajó rápidamente la escalerilla del yate y se encaminó por el muelle hacia el *Euros*.

En el interior del recinto todo eran gritos y confusión.

Chiasaro tenía el rostro congestionado y parecía un hombre enfermo.

Se movía entre las cajas mirando con ojos aún incrédulos las latas de conserva que habían sido desparramadas por la emoción.

Al ver a Brian Cooper de pie junto a la puerta, Chiasaro se dirigió a él con gesto malhumorado.

—¿Qué se le ha perdido por aquí, amigo?

—Estoy buscando trabajo, Me dijeron que quizá aquí hiciese falta algún hombre.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Alguien.

—¿Quién? —insistió Chiasaro.

—Un marinero. No recuerdo su nombre.

Chiasaro Se miró con desconfianza.

—Yo a usted no le conozco. Nunca le he visto por aquí y no acostumbro a tomar a desconocidos. Dicho esto, Chiasaro se giró en redondo y continuó revolviendo entre las cajas.

Brian no se movió de su sitio.

Al cabo de un momento, cuando Chiasaro se dio cuenta de que seguía allí, se acercó a él con expresión amenazante.

—¿No me oye? Le he dicho que se fuera. No necesito a nadie.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy.

—Creí que había perdido a dos hombres —dijo Brian tranquilamente y se volvió en ademán de retirarse.

Chiasaro lo miró absorto, con la boca abierta por la sorpresa.

—¡Ey, amigo! No se vaya. ¿Quién le ha dicho esto?

Brian se volvió y dijo con tono burlón:

—Me lo ha contado un pajarito.

—¿Así que se cree gracioso, eh?

Brian curvó los labios en una sonrisa cínica y no dijo nada.

Simplemente se quedó donde estaba, mirándole fijamente a los ojos.

—¡Eddy! ¡Paul! —chilló Chiasaro—. Encargaos de este sujeto. Se cree gracioso.

Los dos camioneros se acercaron a Brian con cara de pocos amigos.

Brian los contempló sin moverse del lugar donde se encontraba y la sonrisa no desapareció de sus labios.

Paul fue el primero en arrojarle un puñetazo.

Brian no movió las piernas.

Simplemente contorsionó la cintura hacia un costado y vio pasar el puño de Paul sobre su cabeza.

Entonces le cogió por el brazo y aprovechando su propio impulso lo arrojó como un saco de patatas contra la pared.

La cabeza de Paul sonó al estrellarse contra el ladrillo y un sordo gemido escapó de su garganta al derrumbarse al suelo.

Brian extendió la mano hacia el otro y le hizo una seña para que se acercara.

Eddy dudó.

Sentía un sudor helado que le recorría la nuca y las piernas comenzaban a temblarle.

—¡Vamos, Eddy! —gritó Chiasaro—. ¡Encárgate de él!

El camionero se llevó una mano a la cintura y sacó una navaja.

Brian no se inmutó.

Esperó que se decidiese a atacarlo y recién entonces dio un salto hacia un costado y lo golpeó con el canto de la mano en el cuello, a la altura de la nuez.

Eddy quedó sin respiración por el impacto.

La navaja se deslizó de su mano y un nuevo golpe de Brian, ahora en la boca del estómago, le hizo doblarse y se volvió hacia Chiasaro que le miraba atemorizado.

—No temas —dijo Brian—. Sólo uso de mis puños cuando me atacan.

—¿Quién...? ¿Quién es usted?

—Mi nombre nada le diría.

—¿Pero, qué quiere? ¿Qué sabe de Rocco y Richard?

—Están a buen recaudo. Digamos... que somos buenos amigos.

—¡Malditos cerdos! Ellos me robaron...

—¿Las armas? No, señor Chiasaro. Ellos son mis prisioneros. Las armas las tengo yo. Chiasaro se echó hacia atrás como si hubiese recibido un puñetazo en la mandíbula.

—¿Usted?! ¿Por qué...? ¿Qué pretende...?

—Quiero hablar con el jefe. Dígale que estoy dispuesto a negociar con él.

—Yo soy su interlocutor. ¿Cuánto quiere?

Brian negó con un movimiento de cabeza.

—No, señor Chiasaro. Yo no trato con segundones. Ya le he dicho que sólo estoy dispuesto a hablar con su jefe.

—Pero... yo...

—Adiós, señor Chiasaro. Mañana volveré por aquí. Espero que para entonces tenga una respuesta.

Brian se dio media vuelta y salió tranquilamente del local.

Antes de que desapareciese a la vista de los matones, Eddy sacó una pistola y apuntó hacia él.

—¡Suelta eso! —rugió Chiasaro.

Eddy bajó el arma y le miró sin entender.

—Si le liquidas nunca volveremos a encontrar las armas.

Brianladeó la cara y le brindó una sonrisa.

—Veo que ha comprendido, señor Chiasaro —le gritó al tiempo que le saludaba con una mano en alto.

CAPÍTULO VII

Laura terminó de ducharse y se envolvió en una gran toalla afelpada. Se cepilló el pelo que aún chorreaba agua y se dirigió a la cocina. Tenía hambre y pensaba comer algo antes de meterse en la cama.

En este momento sonó el timbre de la puerta.

Antes de abrir, Laura se quitó la toalla y se puso una bata de noche. Luego atravesó el vestíbulo y espió por la mirilla.

Kurt estaba al otro lado de la puerta con el maletín negro entre sus manos.

La muchacha abrió y le franqueó el paso.

Kurt la besó en la mejilla y Laura percibió una mirada libidinosa mal disimulada en los ojos del abogado.

—Hola, Laura. Lamento llegar a estas horas. Supongo que estabas en la cama.

—No. Acabo de ducharme aunque te confieso que estaba a punto de acostarme. ¿Qué te trae por aquí?

Kurt levantó el maletín en la mano.

—Esto —dijo—. Quería comentar alguna cosa contigo.

—Pasa al saloon y sírvete un *whisky* mientras yo me visto.

Kurt asintió y se acomodó en un sofá con un vaso de *whisky* en la mano. Momentos después reapareció Laura con un vestido de calle. Se sentó junto a él y dijo:

—Esperaba que me llamaras. ¿Descifraste ya los documentos?

Kurt negó con un movimiento de cabeza.

—Por eso mismo vine. Creo que los documentos están incompletos, alguien debió meter mano en esa cartera antes de que llegase a mí.

—¿Tú crees?

—Es la única explicación.

Laura meditó un momento y negó con un movimiento de,

cabeza.

—No puede ser, Kurt. Nadie tuvo acceso a esa cartera.

—Estaba pensando en ese tal Brian. Quizá lo haya hecho durante el trayecto, en algún descuido tuyo.

La muchacha se echó a reír. Resultaba evidente que Kurt estaba celoso de Brian y no podía disimularlo.

—No, Kurt. No tuvo la menor oportunidad de hacerlo. Y además... ¿para qué iba a quitarnos los documentos?

—Puede ser un agente extranjero. ¿No has pensado en ello?

—¿Brian un agente extranjero? ¡Qué va!

—¿Por qué no? Ni tú ni yo le conocíamos antes. Apareció de una forma misteriosa con un cuento que no se lo cree ni su madre. A mí ese tío no me engaña.

Laura se puso en pie, se sirvió ella también un vaso de *whisky* y volvió a ocupar su lugar. Ahora estaba seria y pensativa. Después de un momento dijo:

—Estás cegado, Kurt, y te lo voy a demostrar.

—¿Qué es lo que me vas a demostrar?

—Que estás equivocado, que Brian no ha mentido y nos es totalmente leal.

—No creo que puedas hacerlo.

—¿Ah, no? Escucha, Kurt. Gracias a Brian ya no necesitamos los documentos de Frederick para dar caza a los traficantes.

Kurt se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Brian sabe dónde están las armas. Con la ayuda de Tom, un viejo pescador, descubrió el almacén donde los traficantes las tenían preparadas para embarcar y se apoderó de ellas.

—¿Quieres decir que Brian tiene las armas?

Laura asintió con una sonrisa.

—¿Dónde...? ¿Dónde están? —preguntó Kurt con ansiedad.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Y cómo puedes estar segura de que te está diciendo la verdad?

—En su yate tiene prisioneros a dos de los traficantes. ¿Te parece una prueba suficiente de que no miente?

Kurt pareció turbado. Como si estuviese avergonzado por su

desconfianza hacia Brian.

—Lo que no entiendo —dijo Kurt finalmente—, es por qué no lo denuncia a las autoridades. Si es verdad que tiene las armas y sabe quiénes son los traficantes...

—Aún no es el momento. Brian quiere descubrir al jefe de la red. No quiere que se le escape el pez gordo.

—Ya entiendo Y... ¿No sospecha quién puede ser?

Laura negó con un movimiento de cabeza. Luego dijo:

—Pero no te preocupes. Kurt. Muy pronto lo averiguará.

El abogado se puso de pie y aún turbado dijo:

—Lo siento. Laura. Creo haber sido injusto con ese hombre. Pero supongo que tú me entenderás.

Laura sonrió.

—Claro que sí. Kurt. No te preocupes. Pero, por favor, no digas a Brian que yo te lo he contado. Me había prohibido hablar de esto con nadie.

—Yo soy tu amigo. No creo que Brian...

—Me pidió que no se lo dijera ni a mis jefes en el Servicio.

Kurt asintió.

—Tiene razón. Lo mejor es mantener la discreción más absoluta. No te preocupes, no se lo diré a Brian ni a nadie.

Laura le acompañó hasta la puerta y se despidió de él.

Luego se dirigió al dormitorio y tras quitarse la ropa se metió entre las sábanas.

Cuando «Don» le telefoneó aquella madrugada. Chiasaro era un hombre destrozado y con los nervios a flor de piel.

El zumbido del teléfono fue como un aguijón sobre su piel.

Sabía quién era el que llamaba y su mano se extendió temblorosa hacia el auricular.

—Se agota el tiempo, Chiasaro —dijo «Don» con tono amenazante—. Quiero que actúes de inmediato. Esta misma noche.

—Sí, «Don». Estaba esperando sus instrucciones.

—He averiguado algunas cosas. El hombre que lo visitó hoy se llama Brian Cooper y vive en un yate atracado en los muelles. Es muy probable que Richard y Rocco sean sus prisioneros.

—¿Estarán en el yate?

—Es muy factible. Quiero que envíe a dos de sus hombres a rescatarlos.

—¿Con cuántos hombres cuenta ese Brian?

—Sólo con uno. Un tal Tom. Deshaceos de él y llevad a Brian a la casa de veraneo.

—¿Alguna cosa más, «Don»?

—Sí. Quiero que también os encarguéis de Laura. Ya sabéis donde vive. No le hagáis ningún daño pero llevadla también a la casa de veraneo. ¿Entendido?

—Sí. «Don». Así lo haremos.

Chiasaro colgó el teléfono y saltó del asiento como si tuviese un resorte.

Salió de las oficinas y se dirigió a sus hombres, que estaban junto a los camiones aguardando órdenes.

—Hay trabajo, muchachos.

Paul y Eddy se pusieron de pie.

—¿De qué se trata?

—Hay que encargarse del intruso. Ya sabemos dónde encontrarle. También rescataremos a Rocco y Richard.

Eddy se frotó las manos.

—Se las haré pagar todas juntas.

—Calma, Eddy —le interrumpió Chiasaro—. Recuerda que le necesitamos vivo para hacerlo cantar.

—No te preocupes. Pero ¿dónde vamos a encontrarlo?

—Más cerca de lo que te imaginas. Yo iré con vosotros, Vicent se quedará de guardia en el almacén.

Vicent asintió y los tres hombres salieron al exterior.

La noche era estrellada y los astros iluminaban tenuemente las callejuelas de la zona portuaria.

—Aquél debe ser el yate —dijo Chiasaro señalando hacia una embarcación que estaba en el muelle más próximo.

—¿Entramos? —preguntó Eddy.

Chiasaro consultó el reloj.

Eran la una y treinta y cinco de la madrugada.

—Aguardaremos diez minutos para comprobar si hay algún movimiento a bordo. Agazapados detrás de una de las grúas de carga, los tres pistoleros dejaron transcurrir el tiempo con los ojos clavados en la embarcación que se mecía suavemente por el vaivén de las olas.

Estaba a oscuras y daba la impresión de que todos estuviesen

durmiendo a bordo.

—Recordad que a ese tío lo quiero vivo —dijo Chiasaro.

—¿Y a los demás? —preguntó Eddy.

—Creo que sólo está acompañado por un viejo. A ése nos lo podemos cargar sin problemas.

Chiasaro volvió a consultar su reloj y dijo:

—Ya hemos aguardado suficiente. Vamos.

Con el mayor sigilo, los tres hombres avanzaron hacia la embarcación y de un salto treparon a bordo.

CAPÍTULO VIII

Tom escuchó el crujido de unos pasos sobre cubierta y se incorporó en la cama. Brian había salido aquella noche y los prisioneros estaban encerrados en un camarote.

Aguzó el oído y volvió a escuchar el chasquido de unos zapatos sobre la madera de cubierta.

Echándose una manta sobre los hombros, el viejo pescador se puso de pie y cogió la pistola que estaba sobre la mesita de noche.

—¿Eres tú, Brian? —preguntó asomándose por el hueco de la puerta de la cabina.

Nadie le respondió y el silencio era ahora impenetrable.

Tom quitó el seguro de la pistola y cruzó el pasillo en dirección al camarote de los prisioneros.

Le bastó espiar por la mirilla de la puerta para comprobar que tanto Richard como Rocco estaban profundamente dormidos sobre las literas.

Cuando ya comenzaba a pensar que lo que había escuchado era el ruido de las olas al golpear contra la quilla del yate, vio una sombra que se movía en la cubierta.

Tom quitó el seguro de la pistola y subió la escalera que daba a la proa.

La sombra había desaparecido y la proa estaba desierta.

De pronto escuchó una voz a sus espaldas:

—Suelta la pistola, viejo.

El pescador giró en redondo y vio a Eddy montado sobre el techo de la sala de mandos. Tenía una pistola en la mano y le apuntaba directamente a la cabeza.

Tom bajó las manos que colgaban a ambos lados de su cuerpo pero no dejó caer el arma.

—¿Dónde está el otro?

Tom se encogió de hombros y dijo:

—Yo que sé.

—Es mejor que los sepas, viejo.

—Ha salido y no regresará en toda la noche.

Eddy saltó desde el techo y cayó de pie frente al viejo.

En ese momento aparecieron Chiasaro y Paul con las armas en la mano.

Los tres se encararon con el viejo pescador.

—Espero que no nos hayas mentido —dijo Chiasaro amenazante

—. ¿Dónde están los prisioneros?

Tom señaló hacia la escalera que daba a los camarotes.

—Allí abajo los podréis encontrar.

—Vigílalo, Paul —dijo Chiasaro—. Eddy y yo iremos a ver si es verdad.

Tom vio a los dos hombres desaparecer por la escalerilla y se volvió hacia Paul que le apuntaba a unos cinco pasos de distancia.

Casi sin pensarlo, Tom levantó la pistola que aún conservaba en la mano y le disparó a bocajarro.

Paul no tuvo tiempo de reaccionar.

Sorprendido, incrédulo por la rapidez y audacia del viejo, sintió el impacto de la bala sobre su vientre y dejó escapar un sordo quejido.

Lentamente, el pistolero se derrumbó y, dejando caer el arma, se llevó ambas manos a la herida como queriendo taponarse el agujero producido por el plomo.

La sangre roja y espesa comenzó a deslizarse por sus dedos tiñendo de rojo la lustrosa madera de la embarcación.

Chiasaro y Eddy escucharon el disparo y se volvieron sorprendidos hacia la escalera en el preciso instante en que una bala se incrustaba contra la pared, a pocos centímetros de sus cabezas.

Eddy se arrojó al suelo y vio la silueta del viejo con las piernas separadas sobre la cubierta y la pistola escupiendo plomo en una mano.

Entonces le disparó.

Tom vio el fogonazo del disparo y los reflejos, ya enlentecidos por la edad, no le respondieron a tiempo.

La bala le dio de lleno en el pecho, arrojándolo contra la barandilla de la borda.

El viejo sintió un dolor agudo, desgarrante y se dio cuenta de

que comenzaba a faltarle el aire y que todo comenzaba a dar vueltas alrededor suyo.

Se dio cuenta de que sólo le quedaban algunos segundos de vida. Sin embargo sus labios se curvaron en una sonrisa.

Ya había vivido demasiado y había disfrutado mucho en su vida de marinero.

Pero siempre había querido morir en el mar, tragado por las olas.

En un último esfuerzo, se cogió de la barandilla y se puso de pie. Vio el fogonazo de un nuevo disparo.

En ese preciso instante se dejó caer hacia atrás, sintiendo el impacto de su cuerpo contra el agua fría.

Se dejó sumergir hacia las profundidades del mar y se deleitó con el frío contacto del agua.

Ya no sintió nada más.

El timbre de la puerta sonaba insistentemente.

Laura se removió en la cama y finalmente se despertó sobresaltada.

Encendió la luz de la mesita de noche y consultó su reloj de pulsera. Eran las cuatro de la mañana.

¿Quién podía ser a aquellas horas?

Temerosa y con un mal presentimiento rondándole la cabeza, Laura atravesó el vestíbulo y se aproximó a la puerta con una pistola en la mano.

—¿Quién es?

—Soy amigo de Brian Cooper —respondió una voz desde el pasillo—. Tengo un mensaje para usted.

Laura dudó.

—¿Qué clase de mensaje?

—Abra la puerta y se lo entregaré.

Laura entreabrió la puerta y vio a Eddy que estaba de pie frente a ella.

Tenía un paquete en la mano.

La muchacha extendió el brazo para recogerlo pero Eddy le retorció la muñeca con la otra mano al tiempo que extraía una pistola.

Laura dejó escapar un grito de dolor y soltó el arma, que cayó al suelo.

De un fuerte empujón, Eddy abrió la puerta y seguido de Chiasaro se introdujo en el apartamento.

—¿Dónde está Brian? —preguntó Chiasaro.

—No lo sé. Aquí no está.

—Yo de ti no mentiría...

—De verdad no lo sé.

—Vamos, preciosa —intervino Eddy sin dejar de mirar el hermoso cuerpo de la mujer que se traslucía a través de la delgada tela de la bata de noche—. Sabemos bien que ese Brian se divierte contigo cada noche.

—Pues estáis muy mal informados —dijo Laura manteniendo su sangre fría—. Acostumbro a dormir sola.

—Esta noche creo que lo harás acompañada.

—¿De verdad? —preguntó la muchacha con un tono de burla—. ¿Con quién tendré el honor de compartir la cama?

Eddy se abalanzó sobre ella intentando apretujarla, pero Laura dio un paso atrás y le golpeó el rostro con el revés de la mano.

El pistolero le devolvió el golpe y se arrojó sobre ella pero Chiasaro lo apartó de un tirón.

—¡Déjala! Ya sabes cuáles son las órdenes de «Don».

Eddy se separó de la muchacha.

Sus ojos despedían chispas de rabia y de deseo.

—No tengo prisa —dijo entre dientes—. Ya tendremos tiempo para estar juntos.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó Laura.

—De momento a ningún lado —dijo Chiasaro—. Registraremos la casa y nos dedicaremos a esperar a Brian. Tarde o temprano vendrá por aquí.

Adoptando un gesto de frialdad y fingida indiferencia, Laura se encogió de hombros y dijo:

—Como queráis. Aunque os advierto que moriréis de viejos antes de dar con Brian. Él no suele venir por aquí.

—Vendrá, preciosa —dijo Eddy—. Vendrá.

—¿Por qué tanta insistencia? ¿Puedo saber lo que os ha hecho?

Chiasaro sonrió con cinismo.

—¿Pretendes que te creamos que no lo sabes? ¡Vamos, nena! Si tú estás con él en este enredo.

—No sé de qué habláis. ¿Deudas de juego?

—Brian nos ha robado algo que nos pertenece. Y tú eres su cómplice. Lamento decirte que pagarás caro esta jugarreta.

Laura volvió a encogerse de hombros, como si no entendiese lo que el hombre le quería decir y se dejó caer pesadamente sobre uno de los sofás. A través de la persiana comenzaban a filtrarse luces del alba.

CAPÍTULO IX

Brian Cooper subió la escalerilla del yate y sus ojos tropezaron con el cadáver de Paul cuyos ojos vidriosos y muy abiertos miraban al cielo sin ver.

El silencio era total y las primeras luces del amanecer iluminaban tenuemente la cubierta del barco.

Brian sacó la pistola y avanzó sigilosamente por la cubierta en dirección a los camarotes. Tenía la boca reseca y el corazón le brincaba aceleradamente como si quisiera salirse del pecho.

Descendió hasta la mitad de la escalera y aguzó el oído.

No se oía absolutamente nada y la oscuridad en el pasillo y los camarotes era absoluta. Continuó descendiendo lentamente hasta llegar frente a la puerta de la cabina donde estaban los prisioneros. La abrió de un violento puntapié y encendió la luz.

Las camas estaban revueltas y no había nadie en ellas.

«Han huido —pensó—. ¿Qué habrán hecho con Tom?».

Temiendo lo peor. Brian se abalanzó hacia el otro camarote.

También estaba desierto.

—¡Tom! —gritó—. ¡Tom! ¿Dónde estás?

Sabía que era inútil, que Tom habría sido apresado o muerto por aquellos pistoleros.

Sin embargo aún mantenía una mínima esperanza.

Volvió a salir a cubierta y entonces descubrió una gran mancha de sangre junto a la barandilla de borda. A su lado, manchadas también por el líquido rojo y espeso, estaba la gorra marinera y la pipa del viejo pescador.

Brian sintió un nudo en la garganta y se asomó por la barandilla hacia el mar. Enganchando contra la cadena del ancla vio algo que sobresalía fuera del agua. Encendió uno de los faros del yate y descubrió el cuerpo sin vida de su viejo amigo flotando a escasos metros de donde él se encontraba.

—¡Dios mío! Pobre Tom.

Después de rescatar el cuerpo del pescador, Brian sintió que el odio se iba apoderando de su espíritu.

—No habrás muerto en vano, Tom —dijo mirando el rostro del cadáver—. Te juro que les haré pagar caro esto.

Cubriendo el cadáver con una manta, Brian bajó al camarote y marcó el número de la policía.

Diez minutos después dos patrulleros se detuvieron en el muelle y cuatro policías subieron a bordo.

—Soy el inspector Grayson, del departamento de homicidios —dijo uno de ellos—. ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé. Acabo de subir a bordo y encontré estos dos cadáveres.

—¿Los conoce?

—Sólo a uno de ellos. Es Tom, un viejo pescador. Era amigo mío y cuando lo dejé estaba con vida.

—¿Quién es este otro? —dijo señalando el cadáver del más joven.

—Lo ignoro. Quizá alguien que vino a robar y se mataron mutuamente —mintió Brian. El policía asintió aunque no muy convencido.

—Abriremos una investigación. Cuando le necesite para cualquier cosa quiero que esté localizable.

—Estaré aquí en el yate.

Después de que Brian les diese todos sus datos, los policías levantaron los cadáveres se retiraron rápidamente.

Brian se tumbó sobre la cucheta de su camarote y pensó en cómo podían haberse enterado los traficantes de que Richard y Rocco estaban en el yate.

Entonces recordó a Laura.

Ella era la única que lo sabía y podía estar en peligro.

De un salto se puso de pie y bajó precipitadamente las escalerillas del barco.

Cuando Brian llegó al apartamento de Laura ya era pleno día.

La ciudad comenzaba a despertar y los holandeses se dirigían a sus trabajos en coches, autobús o bicicleta.

Brian hizo detener el taxi en la puerta del edificio y corrió escaleras arriba hasta la tercera planta.

Pulsó el timbre con insistencia y aguardó con el corazón palpitante.

Segundos después, Laura abrió la puerta.

Brian suspiró aliviado pero inmediatamente mudó la expresión de su rostro al ver a Chiasaro unos pasos detrás de la chica y con una pistola en la mano.

—Bienvenido, Cooper. Le esperábamos.

—Sabía que los encontraría aquí —respondió Brian al tiempo que entraba al salón.

—Tome asiento, Cooper.

Brian se dejó caer sobre un sofá. Encendió un cigarrillo y dijo:

—Precisamente quería verlos. ¿Han hablado ya con «Don»?

Chiasaro le miró sorprendido. Luego lanzó una estruendosa risotada.

—Parece que no entiende, Cooper. Ahora la situación ha cambiado. Ustedes dos son mis prisioneros y no está en situación de negociar más que su propia vida.

Brian no se inmutó.

Chupó el cigarrillo y exhaló una profunda bocanada de humo.

—Olvida algo, Chiasaro.

—¿Qué? —preguntó el pistolero.

—Las armas. ¿Las quiere o no?

—Claro que las quiero. Pero eso no me preocupa, tarde o temprano me dirá dónde las tiene.

Cooper negó con un movimiento de cabeza.

En sus labios lucía una sonrisa burlona y astuta.

—Yo no tengo prisa, Chiasaro. Pero me temo que vosotros sí la tenéis. ¿Me equivoco?

En el rostro de Chiasaro apareció una expresión de ira.

—Puedo matar a la chica y luego matarle a usted.

—Con eso no ganará nada. Puede matarla pero yo no se lo aconsejaría. Si lo hace jamás se enterará dónde están las armas.

—Eso aún está por verse —rugió Chiasaro y volviéndose hacia Eddy gritó—: ¡Mantenlo a raya!

Eddy asintió y apuntó a Brian mientras Chiasaro avanzaba hacia la joven con expresión amenazante.

—¡Ponte de pie!

Laura obedeció.

Chiasaro apoyó la pistola contra la sien de la muchacha y miró a Brian con una sonrisa triunfal.

—¿Aún sigues pensando lo mismo, Cooper?

Brian volvió a pitar el cigarrillo y asintió con expresión indiferente.

—Contaré hasta tres —dijo Chiasaro—. Si usted no habla apretaré el gatillo.

—No lo hará, Chiasaro. Usted no es tonto y sabe que si la mata yo no hablaré.

—¡Uno! —rugió el pistolero.

Laura sintió un sudor frío que empapaba su cuerpo y miró a Brian, que permanecía impasible.

—¡Dos!

—Si la mata sacaré la pistola y le obligaré a matar me. En cambio si me lleva junto a su jefe quizá podamos ponernos de acuerdo.

Chiasaro bajó la pistola.

—Está bien. Pero le advierto que no intente nada si quiere que su amiga siga viviendo. Brian asintió y se puso de pie.

—No intentaré nada. Chiasaro. Sólo pretendo negociar. Ya se lo he dicho ayer. Yo sigo teniendo los ases en la mano.

—Y nosotros le tenemos a usted.

—Con nosotros no arreglaréis nada. A los rodesianos sólo les interesan las armas.

—Se cree muy inteligente, Cooper, ¿verdad?

—Lo soy, Chiasaro. Al menos mucho más inteligente que usted y sus hombres.

Chiasaro apretó las mandíbulas con rabia y empujó a la muchacha hacia la puerta. Luego hizo un gesto a Brian con la pistola y ordenó:

—¡Vamos!

Brian siguió a la muchacha al pasillo y entró al ascensor junto a los dos pistoleros.

Chiasaro y Eddy escondieron las pistolas en los bolsillos y empujaron con ellas las espaldas de los jóvenes.

—Siga despacio y suban al coche que está frente al edificio —ordenó Chiasaro—. Les estaremos apuntando.

Brian asintió y siguió las órdenes del gordo.

Cuando se sentó en el asiento trasero del coche junto a Laura, vio a Rocco y Richard que estaban instalados en el asiento delantero.

Eddy se acomodó junto a la chica y Chiasaro subió a un *jeep* que estaba aparcado detrás del coche.

Momentos después los dos vehículos arrancaron bruscamente y se dirigieron a las afueras de Rotterdam.

CAPÍTULO X

Era una zona llana, como toda Holanda, y salpicada de chalets que daban al mar del Norte.

El coche conducido por Rocco se detuvo frente a la verja de una gran mansión situada en la única elevación que había en la región.

Eddy abrió la portezuela del coche e hizo un ademán a los prisioneros para que bajasen. Brian y Laura obedecieron sin rechistar.

Subieron las escalinatas de la casa y fueron conducidos hasta un amplio y lujoso salón, adornado con valiosos cuadros de pintares famosos. En la pared preferente había un gran Van Gogh que debía valer una verdadera fortuna y que debía ser envidia de museos y coleccionistas.

Cooper se volvió hacia Chiasaro que estaba unos metros detrás y parecía nervioso.

—Hermosa casa. ¿Me pregunto quién será su dueño?

—Cierre el pico. Muy pronto se enterará.

Chiasaro dejó a sus hombres al cuidado de los prisioneros y subió las escaleras que daban a la planta superior.

Reapareció cinco minutos después y desde lo alto de la escalera dijo:

—Ya puede subir, Brian.

Cooper cogió a la muchacha del brazo y se dirigió hacia la escalera.

—Usted solo, Brian. No he dicho que podía subir ella.

—¿Por qué no?

—Se quedará con Eddy y Rocco. Será una garantía para que a usted no se le ocurra intentar ningún disparate.

Brian hizo un gesto de resignación y se separó de Laura.

—Lo siento, querida. Espero no demorarme demasiado.

—No les digas nada, Brian —dijo ella.

—Descuida. Sabré arreglármelas.

Laura regresó junto a los pistoleros. Brian subió las escaleras y siguió a Chiasaro hasta un pasillo que terminaba en una gran puerta de roble.

Chiasaro llamó a la puerta.

—Adelante —respondió una voz desde el interior.

Los dos hombres se introdujeron en la habitación y se acercaron a un escritorio tras el que se encontraba un hombrecito de pequeña estatura.

—Buenos días, señor Cooper. Tome asiento.

Brian se sentó y encendió un cigarrillo sin dejar de observar al hombrecito que estaba frente suyo.

—Puedes retirarte, Chiasaro —dijo el hombrecito.

El gordo hizo una media reverencia y reculó hasta salir del despacho.

Una vez que Chiasaro cerró nuevamente la puerta, el hombrecito se encaró con Brian.

—Y bien, señor Cooper...

—¿De dónde sacó el Van Gogh?

El hombrecito lo miró sorprendido.

—¿Qué dice?

—El Van Gogh. Es muy bueno. También me gustan el Kandinsky y el Mondrian. ¿Dónde los consiguió?

—No sé de qué habla, señor Cooper. Creo que está aquí para hablar de otra cosa. Le advierto que suelo tener muy poca paciencia.

—Yo no vine a hablar con usted, señor...

—Usted pidió hablar con el jefe.

Brian lanzó una nubecita de humo y la disipó con una mano. Luego dijo:

—Eso dije. Pero usted no es «Don» —lo miró de arriba abajo y agregó—: No da la talla.

El rostro del hombrecito se congestionó de ira.

Iba a decir algo pero en ese instante se abrió una puerta interior y Kurt Slesinger entró en el despacho.

—Puedes irte, Van Lood —dijo dirigiéndose al hombrecito.

Van Lood asintió y salió por la misma puerta por la que había entrado Kurt.

—Es usted un buen observador, Brian —dijo Kurt tomando asiento del otro lado del escritorio—. ¿Cómo supo que Van Lood no era el que usted buscaba?

Brian seguía impasible y la expresión de su rostro no se había alterado en lo más mínimo.

—Cuando le mencioné los pintores me dio la impresión de que ni los conocía. Y un hombre que tiene un Van Gogh, un Kandinsky y un Mondrian en su casa tiene por fuerza que conocer algo de pintura. ¿No le parece, Kurt?

—Es una buena observación.

—Además hay otra cosa...

Kurt enarcó una ceja.

—¿Qué?

—Yo ya me suponía que «Don» era usted, Kurt. Lo que nunca supuse era que Laura le iba a confiar involuntariamente una información que resultaba preciosa para usted.

El abogado sonrió con cinismo.

—No debió decírselo, Brian. Ése ha sido su error. Las mujeres siempre se van de la lengua por un motivo u otro. En este caso fue para defenderle a usted. Quiso demostrarme que era un hombre leal y eso la perdió.

Brian negó con la cabeza.

—Aún no estamos perdidos, Kurt. Es más. Yo diría que estamos igual que antes. Sólo que usted ha matado a un amigo mío y eso no voy a perdonárselo.

Kurt no perdió la sonrisa. Sólo dijo:

—No sé cómo va a hacerlo, Brian. Olvida que es mi prisionero.

—Pero tengo cierta información que usted necesita. Y la pienso utilizar.

—¿De qué manera?

—Le diré dónde están las armas a cambio de mi libertad y la de Laura.

—Veo que es usted razonable, Brian. ¿Pero cómo sé yo que me dirá dónde están las armas cuando le deje libre?

—Se lo diré antes.

Kurt volvió a sorprenderse pero inmediatamente lo disimuló.

—Estupendo —dijo—. Entonces no tengo nada que objetar.

—Sé que está pensando que soy tonto, Kurt. Pero no es así. Si yo

y Laura desaparecemos es usted un hombre liquidado.

El abogado se sobresaltó.

—¿No le entiendo?

Brian sonrió.

—Hay una tercera persona, Kurt. Me he ocupado de dejar un sobre con todos los detalles de la operación. Incluso con nombres y apellidos. Esa persona lo entregará a la policía si yo no regreso con Laura antes del anochecer. En eso estaba cuando sus hombres rescataron a Rocco y a Richard.

El rostro de Kurt se ensombreció.

—Debo felicitarle, Brian. Es usted astuto.

Brian miró su reloj de pulsera.

—Le quedan exactamente diez horas.

El abogado se puso de pie.

—Entonces debemos darnos prisa. ¿Dónde están las armas?

—Primero quiero que deje a Laura en libertad. Luego los llevaré hasta ellas.

Kurt meditó un instante.

—Está bien —dijo—. Pero si ella tiene la mala idea de denunciarnos...

—No lo hará. Yo sigo siendo vuestro rehén.

—Está bien. Vamos.

Brian se puso de pie y lo siguió al exterior de la habitación.

Cuando Laura vio a Kurt descender las escaleras junto a Brian quedó muda de asombro.

—¡Kurt! ¿Qué haces aquí? ¿A ti también...?

Brian negó con un movimiento de cabeza y extendiendo un brazo hacia el abogado dijo:

—Querida Laura, te presento a «Don», el cabecilla de los traficantes.

La muchacha palideció y movió incrédula la cabeza en ambas direcciones.

—No puede ser... Kurt, tú...

Kurt afirmó con un movimiento de cabeza.

Laura se dejó caer nuevamente sobre el sofá.

—Es imposible —murmuró—. ¡Qué tonta he sido!

—No es momento para lamentaciones —dijo Brian—. Puedes irte, Laura. Estás libre.

La muchacha volvió a sorprenderse.

—¡No comprendo!

—Lo que oyes —dijo Kurt—. Puedes irte pero ten cuidado de no hablar con la policía. Tu amigo está en nuestras manos y si alguien interfiere no dudaré en matarlo.

Laura asintió y salió de la casa.

Momentos después cogió un taxi que el propio Brian había llamado y se dirigió nuevamente al centro de Rotterdam.

CAPÍTULO XI

El coche avanzó por las estrechas callejuelas del puerto, iluminando los muelles con los potentes faros halógenos.

—Deténgase aquí —dijo Brian al pasar frente a los almacenes Euros.

Kurt le miró extrañado.

—¿Aquí?

—Sí.

—Pero éstas son nuestras barracas.

—¿Y eso qué?

—Creí que nos iba a llevar al lugar donde estaban las armas.

Brian sonrió.

—Precisamente por eso. Las armas están aquí.

Kurt y Chiasaro se miraron llenos de asombro.

—No le haga caso, jefe —dijo Chiasaro—. Se está burlando de nosotros.

—No me estoy burlando de nadie. Vengan conmigo y se lo demostraré.

—¿Quiere decir que las teníamos en nuestras narices? —preguntó el abogado.

—Exacto. Las armas nunca salieron de aquí.

Seguido por Kurt y Chiasaro, Brian Cooper entró en los barracones.

—Bien —dijo Chiasaro muy seguro de sí mismo—. Ahora díganos dónde están.

—En las cajas.

El gordo abrió los ojos asombrado.

—¡Imposible! Las he revisado todas. Una a una.

Brian negó con un movimiento de cabeza.

—Usted registró las cajas donde *debían* estar las armas, las que tenían la marca. Chiasaro enmudeció.

—No se le ocurrió mirar en las otras, ¿verdad, Chiasaro? —preguntó Brian.

—Eso es imposible. Quién iba a pensar...

Kurt se dirigió a una de las cajas apiladas en un costado e hizo saltar la tapa.

Ante sus ojos aparecieron las metralletas y bombas de mano.

—¡Eres un estúpido, Chiasaro! —gritó volviéndose hacia el gordo—. Te has dejado engañar como un niño.

Chiasaro miró con odio a Brian y no dijo nada.

Cooper se volvió hacia la puerta que era custodiada por dos de los pistoleros.

—Diga a sus hombres que me dejen paso —dijo riéndose a Kurt Slesinger—. Ya he cumplido mi parte. Ahora debe dejarme en libertad.

Kurt sonrió con malicia y negó con un movimiento de cabeza.

—¿De verdad cree que lo voy a dejar marchar, Brian?

—No hacerlo sería una insensatez. Ya le he dicho que...

Kurt metió la mano en un bolsillo y sacó una pistola.

—No soy tan estúpido como para tragarme esa historia. Usted no puede habérselo dicho a nadie.

Brian hizo un gesto de resignación.

—Está bien. Si no me cree, atrévase a disparar. Le aseguro que en pocas horas tendrá a toda la policía detrás de usted.

—Cuando eso ocurra ya estaremos muy lejos, Digo estaremos porque usted se embarcará conmigo. No soy tan tonto como para desprenderme de mi rehén.

—No podrá tenerme prisionero toda la vida.

—No, Brian. Sólo le necesito unas horas. Cuando esté en alta mar los tiburones se encargarán de usted. Ahora quédese dónde está y no intente ninguna treta.

Brian se sentó sobre una de las cajas y miró a los pistoleros que lo rodeaban.

No tenía la menor oportunidad de burlarlos a todos.

Su única posibilidad era esperar un descuido.

Kurt dio órdenes a Chiasaro para que acomodasen las cajas y descolgando el teléfono avisó a los rodesianos que ya podían venir a buscarlas.

Los tres camiones se detuvieron frente a uno de los muelles

donde aguardaba el barco. Desde la ventanilla del acompañante, Brian vio al rubio rodesiano acompañado de los dos negros.

Tenía una valija en la mano y discutía acaloradamente con Kurt.

Después de que uno de los negros subiera a la caja de los camiones y comprobara el contenido de las cajas, el rodesiano entregó a Kurt el maletín.

El abogado se volvió hacia los camioneros.

—Ya podéis descargar.

Los estibadores cargaron rápidamente las cajas en la embarcación.

Cuando la tarea hubo terminado, Kurt abrió la portezuela del camión y apuntó a Brian con la pistola.

—¡Abajo! —ordenó.

Brian saltó del camión y encañonado por el abogado se dirigió hacia el otro extremo del muelle donde estaba el barco.

—¡Sube!

Brian se volvió asombrado y vio cómo Eddy caía de rodillas al suelo cogiéndose el vientre de donde manaba abundante sangre.

Brian no desaprovechó la oportunidad.

Saltando sobre el abogado le propinó un violento puñetazo que le aflojó las piernas y le hizo perder la pistola.

Brian cogió el arma y se arrojó al suelo.

Las balas silbaban en todas direcciones y los traficantes corrían desesperados a cubrirse detrás de los camiones.

—¡Al barco! —rugió el rodesiano—. ¡Todos al barco!

Eddy y Rocco fueron los primeros en obedecer.

Cruzaron el muelle a toda velocidad en dirección a la escalerilla.

Pero no pudieron alcanzarla.

Brian no les dejó.

Sujetando el revólver con ambas manos y apoyado en los codos, disparó dos veces.

En el pecho de Eddy apareció una mancha rojiza que poco a poco fue cubriendo toda la camisa.

Alcanzó a dar un par de pasos más y se desplomó como un saco inerte. Rocco no tuvo mayor suerte.

El proyectil le alcanzó en medio de la cabeza, matándolo instantáneamente.

Los tres rodesianos y los otros dos camioneros no se movieron de

sus sitios y disparaban esporádicamente contra uno de los terrados de donde había partido la primera detonación.

Brian veía sus espaldas al otro extremo del muelle.

Lentamente, se fue arrastrando sobre el suelo hasta situarse unos diez metros detrás. Entonces se incorporó y gritó:

—¡Arrojad las armas!

Los cinco hombres se volvieron horrorizados.

Uno de los negros levantó la pistola.

Pero no llegó a utilizarla.

Brian le disparó a bocajarro, hiriéndolo en un brazo y haciéndole soltar el arma.

—El próximo será en la cabeza.

Los traficantes obedecieron y levantaron las manos.

En ese momento se oyeron las sirenas que ululaban a lo lejos.

Antes de que llegaran los patrulleros, Brian vio la silueta de una mujer que corría hacia ellos.

Llevaba un fusil en la mano y Brian la reconoció de inmediato.

—¡Laura!

—¡Hola, capitán! ¿Sorprendido?

—Sí. Pensé que tú...

—Olvidas que soy un agente. Sé disparar tan bien como el mejor de los hombres.

—Debo admitir que...

De pronto. Brian suspendió la frase y palideció. Laura había levantado el fusil y le apuntaba.

Antes que pudiera hacer ni decir nada, la muchacha disparó.

Brian sintió el silbido de la bala a un centímetro de su mejilla y se volvió como un relámpago. Justo a tiempo para ver a Kurt Slesinger que caía hacia atrás lanzando un aterrador aullido.

La bala le había destrozado el pecho cuando intentaba disparar contra Brian Cooper.

—Pensé que iba dirigida a mí —dijo.

—¿Tan poca confianza me tienes?

Él no respondió. Se limitó a sonreír y rodearle la cintura con su brazo mientras con la otra mano continuaba apuntando a los cinco traficantes.

El ulular de las sirenas se hizo más intenso y momentos después varios coches patrulla hicieron irrupción en los muelles.

El inspector Grayson y otros policías se dirigieron hacia los dos jóvenes.

—¿Qué ha sucedido?

Laura sacó un carnet del bolsillo de su chaqueta y se lo enseñó.

—Servicio Especial —dijo—. Son una banda de traficantes de armas. Grayson asintió e introdujo a los rodesianos y sus pistoleros en los coches. Después de recoger los cadáveres y tomar algunas fotos, los policías se retiraron. Brian se volvió hacia la chica y la besó tiernamente en los labios.

—Debo admitir que no sólo eres una mujer.

Laura hizo un mohín con los labios.

—¿Ah, no? Pues qué lástima yo pensé que...

Brian la cogió nuevamente por la cintura.

—Ven —dijo—. Lo discutiremos en mi yate.

—¿Adónde me llevas?

—Hoy a ningún lado. Pero mañana, cuando nos despertemos, nos haremos a la mar.

—Como usted diga, mi capitán —dijo ella en tono burlón—. Pero... ¿podría saber con qué rumbo?

—Cualquiera. Eso es lo de menos. Lo importante es estar solos en medio del mar. Tú y yo solos.

Laura se colgó de su cuello y entreabrió los labios.

Sus bocas se unieron en un intenso, largo y apasionado beso que sellaba algo más que un compromiso.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.

